

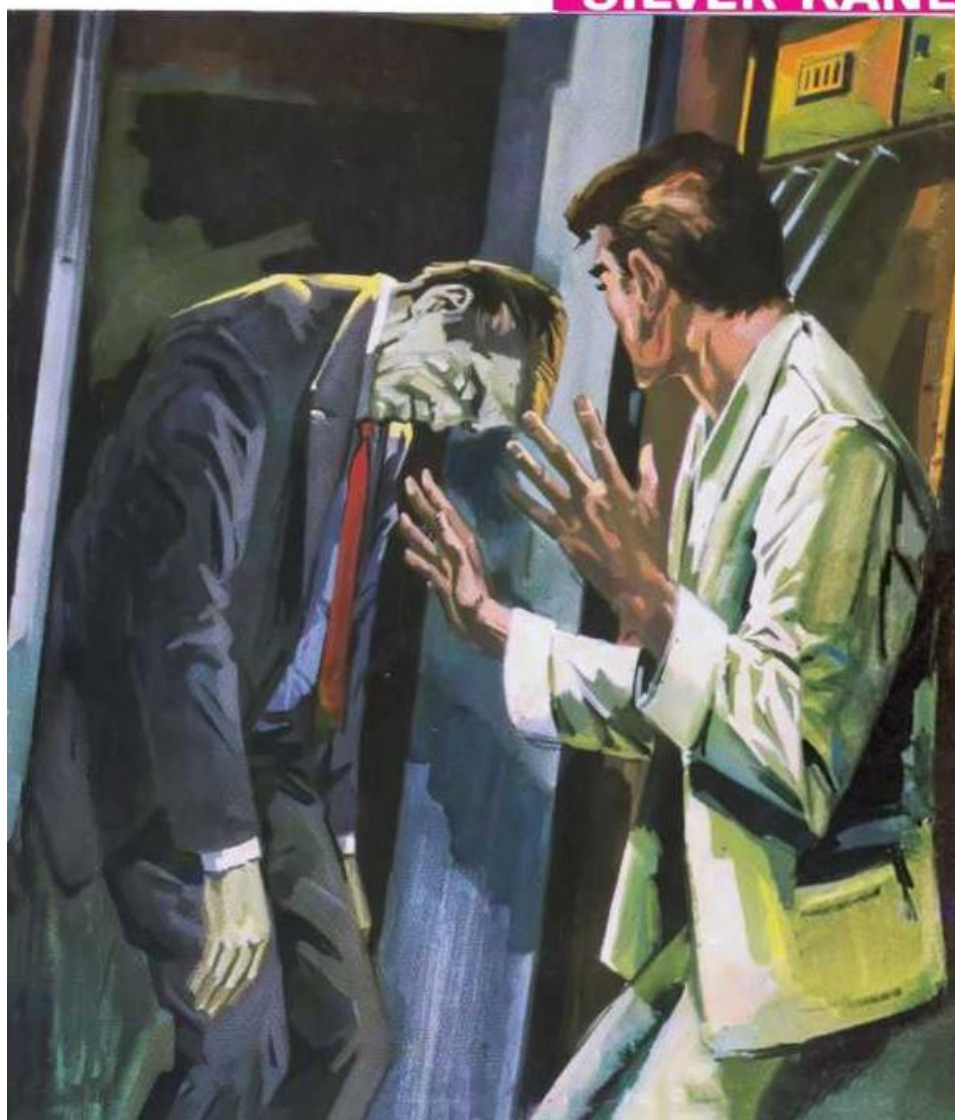
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

la mansión del más allá

SILVER KANE



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LA MANSION DEL MAS ALLA

Colección PUNTO ROJO n.º 474

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 12.230 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1971

© SILVER KANE - 1971
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.218.—Ahorcada al amanecer.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.084.—Viaje al Más Allá.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
738.—Infierno: capital Dodge City.
- En Colección KANSAS:
666.—Un buitre llamado Cox.
- En Colección BUFALO:
918.—La casa de las cortinas rojas.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502.—Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
515.—La casa del eterno olvido.
- En Colección COLORADO:
637.—Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
751.—Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
464.—Quince *rounds* para morir.
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
73.—Tres diablos y medio.
- En Colección BISONTE, SERIE AZUL:
20.—Fabricante de ataúdes.

CAPÍTULO PRIMERO

Kent Maggiore dejó el *parking* de la Universidad de Omaha y rodó a poca velocidad por Happy Hollow Boulevard, hacia el norte, buscando el Park Fontenelle.

Hacía un magnífico día sobre todo el Estado de Nebraska.

El sol primaveral era tibio. Kent Maggiore, el más joven profesor de Historia de la Universidad de Omaha, acababa de dar una clase soporífera sobre las influencias de los intelectuales franceses en la Guerra de la Independencia norteamericana. Ahora tenía ganas de airearse un poco, y el día era que ni pintado para ese propósito.

Miró su nuevo coche.

Era un «Cyclone» rojo, correspondiente a la serie de la Lincoln Mercury División, un modelo con ocho cilindros en «V», aspecto de bolido de competición y tapicería negra. Kent estaba orgulloso de aquel coche, que le había gustado desde que lo vio expuesto en una tienda de Missouri Avenue, al sur de la ciudad, pero que no había podido comprar hasta ahora. El sueldo de un profesor novato en una pequeña universidad norteamericana no es tan fabuloso como mucha gente cree.

Fontenelle Park apareció ante sus ojos, con sus manchas exuberantes de verdor.

Compró allí los periódicos del día y siguió su camino hacia Toll Bridge, sobre el río Missouri. La radio desgranaba noticias típicas de un país que quiere ser optimista a pesar de todo, y donde lo importante es consumir más y más para que las ruedas de la producción industrial no se paren. «La nueva serie de lavadoras Westinghouse es maravillosa. Compruébelo...». «¿Por qué rueda con un modelo del año pasado? ¡Cámbielo por los nuevos y rutilantes General Motors que van a ser lanzados en 1971...!».

Kent cambió de emisora y se vio envuelto en amargas noticias de la guerra: «Hoy nuestras fuerzas en Vietnam y Camboya han tenido un día muy bueno y el enemigo un día muy malo. Han sido muertos doscientos ocho vietcongs mientras por nuestra parte solo se sufrían veintiuna bajas...

Kent Maggiore pensó en lo que los familiares de aquellos veintiún muertos dirían sobre el «día muy bueno». Cambió de emisora y se encontró ante un programa de música clásica que, al fin, era de su agrado, porque le relajaba los nervios. Suspiró con satisfacción y se dispuso a escucharlo, mientras seguía rodando a poca velocidad hacia Toll Bridge.

Fue entonces cuando vio a Susan Lenny. Susan Lenny estaba al borde del camino y parecía hacer autostop. Kent Maggiore pensó que era una chica demasiado mona para dejarla expuesta a que la llevara en su coche cualquier sinvergüenza, de modo que se detuvo. Y eso que Kent hubiera

querido llevar en su «Cyclone» a cualquier chica del mundo menos a Susan Lenny, a la que conocía demasiado bien.

Ella no debía saber que el coche era de Kent, puesto que este acababa de comprárselo. Cuando el «Cyclone» se detuvo, hizo un gesto de alegría y fue a subir. Pero al abrir la portezuela se encontró con los ojos de Kent Maggiore.

No eran unos ojos desagradables, desde luego.

Pero no había otra cosa en el mundo que ella odiase tanto.

Barbotó:

—¡Usted...!

Kent musitó:

—Vamos, no se esté ahí parada. Suba.

—¡Váyase al diablo...!

—Usted estaba haciendo autostop.

—Y usted era muy libre de pararse o no. Yo soy muy libre de subir o no, según como me plazca.

Kent exhaló un suspiro de cansancio.

—No le conviene tratarme de ese modo, señorita Lenny.

—Ahora no estamos en la universidad.

—Pero el curso continúa, y usted debe presentarse a examen. Vamos, sea razonable. Si tiene algo contra mí, puede explicármelo ahora. Nunca he oído decir que una conversación entre profesor y alumna perjudicara a nadie.

Ella accedió al fin.

Dejó resbalar su hermosa anatomía por el diván delantero del «Cyclone», y se preocupó muy poco de la posición de su falda. Mejor dicho, se preocupó una barbaridad. Kent tuvo la sensación de que Susan Lenny quería deslumbrarlo, insultarle casi con su belleza. Y lo peor era que la muy maldita lo estaba consiguiendo.

Llevaba unas medias muy finas, y no de esas horribles medias-calzoncillo que muchas mujeres usan ahora, sino de las clásicas. Daban a sus piernas una belleza endiablada. No parecía saberle mal que se viera su maravillosa piel en la parte superior de las mismas, sino todo lo contrario.

—¿Qué mira? —susurró.

Kent, que había quedado como extasiado, retiró la vista de pronto.

—Perdone —dijo.

Y puso de nuevo el coche en marcha, desviándolo hacia Bisney Street y el aeropuerto de Epdey, que está al oeste de la ciudad, casi formando frontera con el Estado de Iowa.

Ella dijo con voz reconcentrada:

—Antes no tenía este coche.

—No. Lo compré ayer.

—De todos modos es ya un modelo del año pasado.

—Parece que le gusta el que un profesor no tenga demasiado dinero, señorita Lenny.

—Para lo que hacen, aún les pagan demasiado bien.

—Es posible —dijo Kent, en tono conciliador—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Si no me pregunta qué clase de hombres me gustan, puede hacerla —dijo agresivamente ella.

—¿Por qué hacía autostop?

—Me iba de la ciudad.

—¿Sin equipaje?

—Lo he facturado aparte.

—¿Y su coche? Usted tenía un viejo «Chevy», si no recuerdo mal.

—Decidí dejarlo por inútil. Cada vez se le rompía una cosa distinta. Pensaba comprar otro de ocasión por el camino, si es que encontraba alguno que me gustase.

Él le ofreció un cigarrillo, que ella rehusó, ásperamente.

—¿Por qué se iba de la ciudad, Susan? —murmuró unos instantes después.

—No iba a aprobar el curso, de modo que he preferido dejarlo. Y usted sabe perfectamente que no iba a aprobar el curso a causa de su maldita asignatura. No habrá quien la pase.

Kent Maggiore sonrió, haciendo esfuerzos por seguir siendo amable.

—La pasará casi todo el mundo. No soy ningún ogro. Es el primer año que enseño en esta universidad, pero no pienso distinguirme por ser el que más suspenda.

—No, ¿eh? ¿Y mis notas parciales? ¿Es que ya no las recuerda?

—La que no recuerda nada es usted, señorita Lenny. El otro día no supo decirme en qué ciudad se firmó la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. En ese plan, ya me dirá qué calificación puedo darle.

Ella apretó los dientes.

—Déjeme en la próxima esquina —exigió—. Déjeme o armaré un escándalo.

Kent sabía que ella podía hacerlo, lo que arruinaría fácilmente su carrera de profesor en la universidad. Además no parecían maestro y alumno. Él tenía veintiséis años, y ella dieciocho. En cuanto Susan se pusiera a chillar, cualquier policía de tráfico creería lo que ella dijese.

Pero decidió no hacer caso y correr el riesgo.

Bordeó el río Iowa, dejando atrás la calle Dieciséis.

Puso la radio de nuevo para tratar de disipar la tensión.

Las noticias sobre el «buen día» de Vietnam y Camboya habían terminado. Ahora la radio daba una noticia de interés local que Kent Maggiore escuchó como hace todo el mundo cuando se trata de un suceso extraordinario.

«Esta mañana, a las once, cinco desconocidos se han apoderado de once millones de dólares en la sucursal del First National Bank en Harrison Street, al sur de la ciudad. El atraco se efectuó con enorme rapidez y con una perfecta sincronización de los cinco asaltantes. Solo se produjo un corto tiroteo, en el momento de la huida, y un policía resultó muerto, sin que los fugitivos fueran alcanzados. Se supone que en estos momentos han atravesado ya la frontera de Iowa, donde se les busca activamente. Sigán a la escucha. Cada hora daremos novedades sobre este espectacular suceso...».

Susan Lenny dijo, ásperamente:

—¿Por qué no se dedica a eso, profesor? Usted haría un atracador perfecto. No tendría que aguantar a alumnas como yo y podría cambiar de coche cada semana.

Él prefirió no contestar.

Cerró la radio, que ahora daba noticias de muy poco interés sobre las próximas elecciones municipales y el impuesto especial de limpieza que, al parecer, tendrían que pagar los ciudadanos.

—No sé de qué se queja, señorita Lenny —musitó—. La vida le ha dado muchas cosas buenas. ¿Por qué no las agradece en lugar de quejarse siempre y decir que es una desgraciada?

—Siempre hay gente que está peor que yo —dijo ella.

—Por supuesto.

—Por ejemplo aquella chica.

—¿Qué chica?

Ella señaló el coche que iba delante de ellos y que bruscamente doblaba hacia la derecha, hacia la zona silvestre llamada Union Stack Yards, que constituye un auténtico pulmón para la ciudad de Omaha.

Al principio, Kent no entendió a qué se refería ella.

El coche era una furgoneta marrón con dos ventanillas en la parte posterior. A través de ellas se veía como una pequeña mancha blanca. La furgoneta no llevaba inscripción ninguna.

—¿Qué pasa? —murmuró él—. No veo ninguna chica.

—Claro que no se ve —susurró Lenny—. Yo hablo de la furgoneta.

—Pues sigo sin entenderla.

—Pertenece a la empresa de pompas fúnebres que está enfrente de la casa donde vivo —explicó la muchacha—. Es una de las razones que me ponen más pesimista a veces. Se han especializado en entierros de niños y de jovencitos. Cada vez que veo salir la furgoneta, me entra una especie de aburrimiento de vivir. ¿Se ha fijado en la mancha blanca que se ve a través de las ventanillas? Es el ataúd, también blanco. Debe tratarse del entierro de una jovencita.

Susan Lenny se había amansado con aquella triste visión. Ya no

hablaba de bajar del coche. ¿Quizá se había dado cuenta de que el simple hecho de vivir tiene más importancia de la que le damos? ¿Quizá había pensado al fin en lo insignificantes que son, después de todo, nuestras angustias de cada día?

Kent Maggiore susurró:

—No es un entierro. No veo los coches de acompañamiento, ni coronas, ni familiares, ni nada.

—Claro que no lo es. No lo es aún. Ahora llevan el ataúd al lugar donde ha muerto la chica.

—Comprendo.

—Deme un cigarrillo, por favor.

—Con mucho gusto.

La chica se estaba amansando por momentos. Kent le puso el cigarrillo en los labios y le prendió fuego con el encendedor automático.

Estaban cruzando en aquel momento Missouri Avenue, donde había bastante tráfico.

—No tengo interés en suspender a nadie —repitió Kent—. Comprendo que algunas lecciones de Historia se hacen aburridas, pero si, por ejemplo, hubo tres importantes tratados diplomáticos en 1808 yo no puedo decir que fueron solo dos para que usted tenga que estudiar menos. Le sugiero que dé un repaso a los preliminares de la Independencia, porque pienso preguntar en los exámenes sobre ese tema. Y anímese. Ni el león ni el profesor son tan fieros como los pintan.

Ella hasta consiguió reír un poco.

Pero su risa se heló enseguida.

—Vaya... —dijo—. ¡Qué mañanita!

—¿Qué pasa ahora?

—¿No ve esa otra furgoneta?

En efecto, estaba a poca distancia y también giraba hacia la derecha, hacia Union Stack Yards. Esta furgoneta era de color gris y no llevaba ventanillas. Pero en la portezuela se veía una especie de corona funeraria con la inscripción: «Joe's Mortuary Agency». Vamos, algo así como si fuera el título de un bar, pero un bar frecuentado por los muertos.

Susan murmuró:

—Otro ataúd.

—Y también dobla hacia la derecha...

—Dos personas que se han muerto en la misma zona. También es casualidad, digo yo.

Kent se puso otro cigarrillo entre los labios.

—La muerte debe ir por barrios, como la risa —dijo filosóficamente.

Y trató de llegar hasta el río Iowa, pasando por la calle Trece. Junto al río, en la frontera misma de Iowa y Nebraska, había unos cuantos cafés con unas vistas excelentes, y pensaba invitar a la chica a tomar algún

refresco. Lo hacía por cortesía, pensaba él. Pero el ratoncillo de la conciencia le estaba diciendo que también lo hacía para tener alguna otra oportunidad de ver un ratito sus succulentas piernas.

Y fue en la calle Trece donde él murmuró:

—¡Cuerno!

No era una expresión muy adecuada en un profesor universitario, pero la ocasión lo merecía. Acababa de ver doblar hacia la derecha otra furgoneta, esta de color negro. Después de ver dos anteriormente, ya casi las olía. La furgoneta en cuestión tampoco tenía ventanillas, pero en la puerta estaba estampado una especie de ángel con la razón social del propietario: «Peter Sloan. Crematory Services».

—Vaya... —susurró Kent—. Otro ataúd que llevan al mismo sitio. Y a este muerto van a quemarlo...

Doblaba en aquel momento una curva, con la vista fija en la furgoneta.

—Voy a seguir —murmuró—. Ya me llama la atención saber dónde muere tanta gente...

Rodó media milla hacia Union Stack Yards, con la vista fija en la popa de la furgoneta.

Como esta aceleraba él apretó un poco también. Rodaban por un maravilloso paisaje lleno de vegetación bien cuidada, un auténtico parque natural donde hubiera sido estupendo vivir.

O morir.

Porque en eso pensaba Kent Maggiore un instante después.

En la muerte.

Susan Lenny había gritado:

—¡Cuidado!

Al cruzar la calle pensando solo en la furgoneta, Kent no se había dado cuenta de que el pesado autobús suburbano tomaba la curva en aquel momento, cambiando de dirección. Cuando quiso frenar, ya era tarde. La pesada mole estaba materialmente encima suyo, aunque el conductor hacía esfuerzos frenéticos para desviarla.

El impacto fue brutal.

Todo el coche pareció estallar en el aire. Difuminarse.

Lo último que Kent pensó fue:

—Dios santo...

Estaba seguro de que iba a morir.

Un sabor a sangre le llenó de golpe la boca.

Y una especie de nube gris, fofa, lenta, casi dulce, penetró por sus ojos poco a poco...

CAPÍTULO II

Cuando recobró el sentido, debían de haber transcurrido muy pocos minutos después del accidente, porque unos hombres que debían ser pasajeros del autobús lo estaban colocando sobre la acera. Kent perdió el sentido de nuevo para recobrarlo unos segundos después. Sentía que todo su cuerpo goteaba sangre. Toda la pierna derecha le dolía espantosamente.

Fue el dolor lo que le obligó a recuperar el sentido otra vez.

Y ahora pudo ver las cosas con un poco más de detalle. En efecto, eran pasajeros del autobús los que le ayudaban. El «Cyclone» rojo, aunque no se había incendiado, estaba convertido en un puro plato de natillas.

Algunas voces llegaron hasta él:

—Pobre muchacha...

—Tan bonita y...

—¡Vaya! ¡Y tan joven...!

Kent Maggiore asió frenéticamente la mano de uno de los que le ayudaban.

—La chica... —balbució—. ¿Se ha matado la chica?

Notó que le miraban con una mezcla de curiosidad y de lástima.

—No, no se ha matado —dijo una voz—, pero está mal. Habrá que atenderla enseguida. ¿Y usted? ¿Cómo se encuentra?

—No se preocupen por mí. Atiéndanla a ella.

Otra voz murmuró, queriendo disimular:

—Hala, no le asuste. Dígale que no es nada...

El conductor del autobús llegaba jadeando. Tenía miedo de la parte de culpa que pudiera corresponderle en el accidente, y hubiera dado años de su vida para que a las víctimas no les ocurriera nada serio.

—¡Hay que llevarlos a algún sitio! —gritó—. ¡Hay que actuar pronto! ¡Ese hombre se está desangrando!

—¡Llamen una ambulancia!

—¿Con qué teléfono? ¡Aquí no hay ninguno! ¡Y cuando llegue la ambulancia será demasiado tarde!

—Pues llévelos a la Clínica Foster. ¡Está aquí mismo! ¡Podemos trasladarlos a pie!

—¡No, a la Clínica Foster no! —gritó alguien.

—¿Por qué?

—¿Acaso no sabe usted lo qué es?

—No.

—¡Pues más vale que no lo sepa!

—No le entiendo.

—¡Solo deseo que no le lleven ahí nunca!

Una voz masculina decidió:

—¡Basta de charla! ¡Cada minuto cuenta! ¡Sea lo que sea la Clínica Foster, ahí podrán atenderlos! ¡Vamos! ¡Hay que subirlos a la plataforma del autobús! ¡Llegarán en unos minutos!

Kent Maggiore estaba demasiado débil para oponerse, y además se daba cuenta de las cosas muy confusamente. ¡Notó que le tendían cuidadosamente en la plataforma del autobús, junto a Susan Lenny, que ni siquiera gemía. Tras unos momentos que pasaron como un soplo, lo descargaron de nuevo. Vio confusamente que lo llevaban en volandas a un magnífico jardín cerrado por una verja. Al fondo del jardín, oculto entre el follaje, se vislumbraba un edificio blanco.

Sobre la verja, una inscripción en metal forjado decía:

«Foster's Charity House».

Era la primera vez que Kent Maggiore veía aquel edificio. A su espalda, mientras lo transportaban, alguien musitó:

—Más valía que no lo hubiera visto nunca...

CAPÍTULO III

Las sensaciones que Kent Maggiore tuvo durante las horas siguientes fueron muy confusas. Otra persona quizá no se hubiera dado cuenta de nada, pero él tenía el cerebro perfectamente claro, y la curiosidad terriblemente excitada por lo que había oído decir al ser llevado a aquel edificio. Trató de fijarse en todos los detalles, a pesar de que la extrema debilidad en que se encontraba le hacía perder el sentido en algunos momentos. Las conclusiones a que llegó fueron más o menos estas:

El edificio no era demasiado grande.

No tenía nada de siniestro.

Todo en él era moderno y agradable.

Había flores por todas partes.

Las enfermeras eran guapísimas.

Las habitaciones de primera.

Y hasta de cierto sector del edificio, donde debían estar las cocinas, se desprendían unos aromas apetitosos de manjares que nada tenían que ver con los aburridos menús que suelen servirse en las clínicas.

Todo esto le tranquilizó. Y, aparte de todo, comprendió que nada tenía que temer en un sitio abierto al público.

Por el contrario, le estaban atendiendo muy bien.

Un facultativo de mediana edad, a quién todos trataban respetuosamente y llamaban doctor Foster, le echó un vistazo y declaró que lo de la pierna no era grave. Bastaría con ponerle un vendaje elástico y dejarla reposar. En cambio, le preocupaba una herida abierta que Kent tenía en el pecho, a causa del golpe del volante. Era necesaria una inmediata transfusión de sangre.

Después de aquello, a Kent Maggiore le administraron unos calmantes.

Cuando despertó, ya era de noche.

Se sentía muchísimo mejor.

El dolor de la pierna ya casi había desaparecido, y la sensación de debilidad se había esfumado. La sangre nueva había hecho milagros en su organismo fuerte y joven.

Miró entonces en torno suyo con la misma ingenuidad y el mismo asombro que si acabara de llegar al mundo por primera vez. La habitación en que se encontraba era amplia y confortable. Una ventana entreabierta dejaba penetrar las sombras y el aire fresco de la noche. Se distinguía un armario metálico muy bien cerrado y una mesilla también metálica donde descansaba una bandeja con un vaso y una botella de agua mineral, que tenía aspecto de estar deliciosamente fría.

Kent se contempló a sí mismo.

Tenía vendado el pecho, así como la pierna derecha. Pero nada le hacía daño y se iba sintiendo progresivamente mejor. Hizo esfuerzos por incorporarse poco a poco y vio con alivio que, al quedar sentado en la cama, no sentía ninguna especie de vértigo.

Le habían atendido muy bien.

¿Y a aquello llamaban un lugar siniestro?

¿Un lugar que más valía no haber conocido nunca?

Tendió el brazo y tomó la botella de agua mineral, que en efecto estaba apetitosamente fría. La destapó y bebió ávidamente del gollete, hasta dejarla casi vacía. Sin duda a causa de la primitiva pérdida de sangre, su sed era muy intensa. Luego se dio cuenta de que llevaba un pijama blanco con las iniciales FCH, que debían significar Foster's Charity House.

Decidió llamar a alguien.

Era extraño que no hubiese ninguna enfermera allí.

Sin duda habían pensado que dormiría más rato, y por eso le habían dejado solo. Pero la enfermera de turno no debía andar lejos. Fue a descolgar el teléfono que estaba a la cabecera de la cama y de pronto pensó que, al fin y al cabo, no tenía derecho a molestar a nadie.

Lo mejor sería que descansase hasta que alguien viniera.

Se estaba bien allí.

Por muchos detalles de la decoración se notaba que aquella era una clínica elegante, la mejor clínica en que Kent Maggiore había estado en todos los días de su vida.

Se iba sintiendo mejor.

Y entonces decidió probar a mantenerse en pie.

Quería saber si fallaba su pierna lesionada.

La prueba dio un mal resultado.

La pierna falló, y Kent salió casi disparado contra el armario que había al otro lado de la pieza. Tuvo que sujetarse a la manija, porque de lo contrario hubiera caído como un plomo. Y aun así resbaló pesadamente. Solo la manija le sostuvo.

Para no caer, tuvo que tirar de ella.

Y entonces el armario se abrió.

Se abrió bruscamente.

Kent Maggiore, a pesar de toda su serenidad, a pesar de todo su aplomo, lanzó una especie de chillido de horror.

El cadáver tenía los ojos abiertos.

El cadáver tenía las manos medio tendidas.

El cadáver parecía reír.

El cadáver se desplomó sobre él como una aparición, como una maldita pesadilla.

CAPÍTULO IV

La agilidad de Kent, pese a estar herido, le bastó para hacerse a un lado con una rapidez fulminante. De lo contrario el muerto hubiera caído sobre él, medio aplastándole con su macabro peso. Aun así le rozó. Y el cuerpo produjo en el suelo un siniestro chasquido a cartón, a caja vacía. Pero no era una pieza de cartón, sino un cadáver auténtico que, incluso, empezaba ya a descomponerse, un cuerpo humano que dentro de poco olería ya muy mal.

Por unos instantes, Kent Maggiore quedó petrificado.

No sabía qué pensar.

Una especie de corriente eléctrica hacía vibrar sus nervios, impidiéndole moverse.

Ni siquiera respiraba.

Luego sus ojos se clavaron con más insistencia en aquel cadáver, analizándolo bien. Pese a que hedía un poco, lo cual indicaba una descomposición muy temprana, no era lo que se llama un cadáver viejo. El color de su piel indicaba que llevaba menos de un día muerto. El blanco de sus ojos, espantosamente abiertos, estaba todavía casi intacto.

Vestía muy bien un elegante traje de color gris. En algunos aspectos daba la sensación de ser un tipo dispuesto a salir a dar un paseo.

Kent retrocedió poco a poco.

Ya no se acordaba ni del dolor de su pierna.

Intentó llegar a la puerta para salir de allí, para escaparse de aquel maldito recinto.

Pero ya no pudo.

Fue entonces cuando la puerta se abrió.

Kent vio los zapatos de medio tacón.

Las piernas de campeonato.

Lástimas de medias blancas de algodón grueso.

La ceñida falda que era casi una mini.

La boca roja, pulposa y ardiente.

Los ojos irritados, que le miraban con una especie de furia.

La enfermera gritó desde la puerta:

—¡Ya imaginaba yo que esto sucedería! ¡Doctor Foster...!

Unos pasos rápidos se acercaron por el pasillo.

Kent Maggiore vio entrar al hombre de mediana edad al que todos trataban respetuosamente y al que, de una manera confusa, recordaba haber visto cuando le hicieron la transfusión de sangre. Llevaba una bata blanca y parecía muy cansado. Al contrario de la enfermera, no le miraba con irritación, sino con una especie de pena.

Camino hacia él.

—Perdone —dijo.

Kent Maggiore no sabía qué pensar.

—Déjeme salir de aquí —suplicó haciendo un esfuerzo—. Creo que si me quedo voy a volverme loco.

—No puede salir —susurró el doctor Foster—. ¡Que más quisiera yo! Usted y la chica no han venido más que a complicar mi trabajo en un sitio que ya es bastante complicado. Pero no puedo echarles de aquí mientras no estén en condiciones. Ante la ley sería responsable por denegación de auxilio, y podrían retirarme hasta el permiso para ejercer como médico. En fin, ese no es asunto suyo. Usted solo debe preocuparse de ponerse bien.

Kent estaba más asombrado cada vez.

La actitud del médico era la más natural del mundo. Parecía como si estuviese girando una visita rutinaria.

¡Pero allí había un cadáver! ¡Un cadáver dentro del armario!

Foster musitó:

—Por favor, Natalie, ayúdeme.

Entre los dos incorporaron a Kent, que no tenía fuerzas para resistirse, y lo depositaron en la cama de nuevo. Del muerto no se preocuparon por el momento. Lo dejaron allí como si fuera una reliquia o un mueble más.

Kent no podía dejar de mirarlo. Había visto bastantes muertos en su vida, pero este le obsesionaba.

Foster aconsejó:

—Más vale que no lo mire.

—¿Quién es?

—Un cliente.

—¿Quééééé...?

—Ya se lo he dicho: un cliente.

—¿Qué clase de clientes tiene usted, doctor?

—Gente que se muere. En todas las clínicas se muere gente.

El argumento era absolutamente desagradable, pero también absolutamente lógico, de modo que Kent no supo qué contestar.

El médico aconsejó enseguida:

—Beba un trago de agua.

—Gracias, pero ahora no podría.

—Se ha sorprendido, ¿verdad?

Kent parpadeó.

—En esta casa —preguntó—, ¿a todos los muertos los meten dentro de los armarios para que no estorben?

—Solo al de esta habitación. A usted lo han traído tan aprisa y de un modo tan imprevisto que no hemos tenido más remedio que adecentar la habitación enseguida, ocultando al muerto.

—Di... ¡diablos!

—Todo ha tenido que hacerse en unos minutos.

—Supongo que habrán tenido tiempo de... de cambiar el colchón y las ropas de la cama —balbució Kent Maggiore, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta.

—No se preocupe. Somos muy rigurosos con la higiene. Las ropas que había antes aquí ya han sido quemadas.

—¿Y... y no les quedaban otras habitaciones libres?

—No.

El nudo seguía en la garganta de Kent.

Pero pudo preguntar:

—¿Por qué? ¿No había otro paciente ya casi curado al que se pudiera trasladar?

—No —susurró Foster—. Aquí todos los pacientes están muertos o en trance de morir.

Kent Maggiore recordó instantáneamente la procesión de coche con ataúdes que había visto tomar aquella misma dirección. Fue como en una película de horror. Y de pronto sintió que la boca se le quedaba otra vez espantosamente seca.

—O usted es muy mal médico o la clínica está maldita, doctor Foster —pudo susurrar.

—Los que están malditos son los pacientes. Y conste que no tengo nada contra ellos, sino al contrario.

—No le entiendo.

—¿Usted no conocía esta clínica?

—No.

—¿A qué se dedica, señor Maggiore?

—Soy profesor de Historia en la Universidad.

—Pues puede que sepa muchas cosas del siglo XVII, pero en cambio ignora algunas cosas del siglo XX. Esta clínica la conoce bastante gente en Nebraska. Gente rica, por supuesto. Y entre los habitantes de Omaha es una de las más nombradas de la ciudad.

—Recuerdo que cuando me metían aquí, alguien dijo que más me valiera no conocer esto —susurró Kent—. Debía de ser una persona que sabía de qué se trataba.

—Muchas personas lo saben —dijo tranquilamente Foster.

—Yo no.

—Quizá no debería explicárselo, porque lo que usted debe hacer ahora es descansar —dijo Foster—. Pero sé que no dormirá si no se lo explico, de modo que no me queda más remedio que largarle la historia. Mi clínica está basada en el hecho triste de que algunas enfermedades son, por ahora, absolutamente incurables.

—¿Quién duda eso?...

—Casi todos mis pacientes sufren cáncer.

—Ah...

—En grado muy avanzado.

—Ah...

—Incurables del todo, vamos.

Kent Maggiore había contenido la respiración. Una lucecita muy remota empezaba a hacerse en sus pensamientos.

Foster prosiguió:

—Esa clase de personas requieren unos cuidados y unas atenciones que no todo el mundo está dispuesto a darles. Nuestro mundo, señor Maggiore, se vuelve cada vez más comodón y menos caritativo. Si todo está organizado, ¿por qué no iba a estar organizado el negocio de que la gente se muera a gusto? Hay personas que no tienen paciencia para soportar a un enfermo que les atormenta día y noche. Otras sufren tanto viendo que no hay esperanza, que no pueden soportar ese dolor. En un caso u otro, traen sus enfermos a mi clínica, si pueden pagar sus cuotas. Aquí hemos salvado a algunos enfermos ya desesperados, lo que nos ha dado fama en todo el país. Pero nuestra verdadera especialidad no es salvar, ya que los hombres no hacemos milagros. Nuestra verdadera especialidad es ayudar a morir sin dolor. No, no se alarme. No ponemos una inyección a los enfermos para que acaben sin darse cuenta. Eso es eutanasia, y la eutanasia está prohibida por la ley. Simplemente les administramos calmantes muy bien estudiados, les rodeamos de un ambiente agradable y atendemos sus menores deseos. Puedo asegurarle que en manos de nuestro personal especializado, algunos de esos pobres enfermos conocen momentos de felicidad que quizá no han conocido a lo largo de su vida.

Kent estaba asombrado escuchando.

Todo aquello le parecía casi irreal.

Y, sin embargo, era espantosamente lógico.

¿Por qué, si los médicos ayudan a nacer, no van a ayudar a morir?

¿Cuántos terribles problemas familiares no habría aliviado la clínica del doctor Foster?

Pero Kent chascó los dedos.

—Cuidan mucho de los pacientes y cuando la diñan los meten dentro de los armarios —gruñó.

—Ya le he dicho que ese ha sido un caso especial.

—¿Qué hacen con los otros?

—Cuidamos de su presentación. Un muerto no tiene por qué ser un objeto deprimente. Nuestros operarios especializados los visten, los maquillan y los peinan hasta darles un aspecto quizá mejor del que tuvieron en vida. A ese que está ahora en el suelo no lo conocerá usted mañana por la mañana. Los familiares cuidan luego del entierro, que ha de ser enteramente a su gusto.

—¿Por eso se reciben tantos ataúdes aquí?

—Claro... Cada día mueren dos o tres personas. Y los familiares contratan el entierro con la compañía que les parece mejor. Nosotros no cobramos nada. No nos reservamos ni una simple comisión en eso.

El asombro de Kent iba desapareciendo.

La voz tranquila, lógica, del doctor Foster le convencía implacablemente de lo que este decía.

Al fin el joven susurró:

—Perdone. Quizá he sido un tonto al asustarme así.

—Usted no se ha asustado, sino que se ha sorprendido. Y a cualquiera pudo ocurrirle eso.

—Me doy cuenta de que solo he venido a causarles molestias.

Foster emitió una risita silenciosa.

—Ha sido muy en contra de su voluntad, amigo mío. Nadie busca un accidente como el que tuvo usted, y en el que pudo dejarse los huesos.

Kent suspiró aliviado. Al menos estaba vivo. Y nada tan agradable como la sensación de la vida —a la que normalmente no damos importancia— cuando uno ha estado a punto de perderla.

—¿Cuándo cree que podré marchar? —susurró—. Me han traído a esta clínica por ser la más cercana, pero quizá pueda seguir recuperándome en otro lugar; por ejemplo, en la clínica universitaria.

—Necesita estar al menos veinticuatro horas en observación. No espero que ocurra nada, porque su estado es bueno. Pasado ese tiempo podrá marcharse.

—¿Y la chica?

Los ojos del médico chispearon.

—¿La señorita Susan Lenny? He visto su documentación. Bonita mujer, desde luego. ¿Quién es? ¿Su amiga? ¿Su amante?

—No piense tan aprisa, doctor. Es una de mis alumnas.

—Una cosa no excluye la otra.

—Es una alumna a la que quizá me vea en la obligación de suspender. Confunde al presidente Lincoln con una marca de coches. No hay demasiada simpatía entre ella y yo. Si la acompañaba en aquel momento, era precisamente porque le estaba metiendo una bronca.

—En ese caso no se inquiete. La chica tendrá ocasión de examinarse y de ser cuidadosamente suspendida. También la tengo en observación, pero creo que podrá marcharse con usted.

Kent Maggiore ya estaba del todo tranquilo. Vaya, lo que pudo ser un desastre no había terminado mal del todo. El «Cyclone» estaba asegurado. Dentro de unos meses él ya ni se acordaría de aquello.

—No sé cómo agradecerle lo que está haciendo, doctor.

—No se preocupe; es mi obligación. Por otra parte, como se trata de un caso de urgencia, tampoco está obligado a pagar nada por su corta residencia en la clínica.

—Pienso pagarle, doctor. Le ruego que presente mi factura y la de la señorita Lenny. Pagaré las dos.

El médico hizo un gesto de indiferencia, indicando que aquel asunto era insignificante para él.

—Descanse. Su única obligación es esa.

Y fue a salir. Kent le detuvo cuando el otro aún no había atravesado la puerta.

—Doctor, ¿en qué habitación está la señorita Lenny?

—Hay una sección de mujeres en esta clínica, señor Maggiore. Siento no poder decirle dónde se encuentra. Una de las cosas que defiende en mi establecimiento es la más estricta seriedad.

—No pensaba... No pensaba seducirla.

Foster rio.

—Me hago cargo. Con esa pierna tullida y con ese vendaje en el pecho, no creo que hiciera usted mucho daño a una mujer. Pero será mejor que no se ocupe de la señorita Lenny, que está perfectamente atendida. Buenas noches.

—Buenas noches, doctor.

La puerta se cerró.

Kent suspiró tranquilo.

Y de pronto su mirada paseó por el suelo, casi a los pies de la cama.

¡Mil diablos!

¡Le habían dejado el muerto allí!

¡Le habían dejado el cadáver como muestra!

Fue a pulsar el timbre, pero en aquel momento se abrió la puerta de nuevo.

La enfermera de la mini y las piernas espectaculares entró acompañada de dos tipos forzudos como mineros...

Ella señaló al muerto.

—Hay que llevarlo a la cámara de maquillaje —musitó—. Mañana sus familiares vendrán a buscarlo.

Los dos hombres lo sujetaron, uno por las piernas y otro por los hombros, sin el menor escrúpulo. Uno de ellos, antes de atravesar la puerta, murmuró:

—Creí que este iba a la cámara de cremación.

—No. El que va a la cámara de cremación es el de la misma habitación del piso de arriba —explicó la enfermera—. No deja herencia a sus familiares y estos no quieren ni verlo. Nos han pedido que nos encarguemos de todo, incluso de aventar las cenizas.

Cuando el cadáver hubo pasado, la enfermera sonrió a Kent mientras se disponía a cerrar la puerta.

—Buenas noches, señor. Felices sueños.

Kent refunfuñó:

—Felices sueños... Felices sueños... Después de todo esto ¿en qué quieres que sueñe, nena? ¿En si tienes un lunar cerca del ombligo?

Pero ella no le escuchaba ya.

La puerta se había cerrado.

No así la del armario, que continuaba como la habían dejado y oscilaba levemente.

Ñññññecccc... Ñññññecccc...

Kent se levantó a cerrarlo de un golpetazo.

Pero la pierna volvió a fallarle nuevamente. Por poco entra él de cabeza dentro del armario.

Prefirió dejar la cosa como estaba.

—Hum... No sea que me lleven a mí también al horno crematorio. Porque mi cadáver... ¿quién va a reclamarlo? ¿Y la herencia? Como no se queden el espejo retrovisor del coche, que es lo único entero...

CAPÍTULO V

Ñññeeec... Ñññeeccccc...

La puerta del armario seguía oscilando levemente.

Cualquier crujido, cualquier vibración en el edificio la hacía moverse.

Era como una pesadilla.

Solo los que han sufrido de insomnio pueden saber lo larga, lo interminable que es una noche cuando uno no consigue cerrar los ojos. Solo Kent Maggiore supo en aquel momento, por primera vez en su vida, lo que pueden ser las horas, los minutos, convertidos en una agonía interminable.

La verdad era que no le dolía nada.

Estaba mejor de lo que se hubiera atrevido a pensar.

Pero no podía conciliar el sueño, pensando no ya en el ambiente de la clínica, sino en las consecuencias que todo aquello pudiera tener.

Los padres de Susan Lenny no vivían en Omaha.

¿Pero se enterarían de todo aquello?

¿No quedaría la muchacha lesionada por culpa de aquella imprudencia suya?

Había algo peor.

¿No la confundirían con una enferma?

¿No le aplicarían por error un tratamiento que la conduciría a la tumba?

Kent Maggiore resolvió que era indispensable hablar con ella.

Descolgó el teléfono y pidió a la centralita que le pusieran en comunicación con la señorita Susan Lenny.

Le contestaron muy amablemente que no era posible a aquella hora y que además estaba prohibido llamar a los pacientes sin permiso del doctor Foster.

—Gracias —susurró Kent—. Perdona.

La orden de que no se llamara a los enfermos era lógica, teniendo en cuenta que se trataba de moribundos, muchos de los cuales ignoraban su estado, y a los que convenía tener al margen de cualquier frase imprudente llegada desde el exterior.

Pero Kent no podía evitar aquella sensación de aislamiento, de estar metido en una especie de pecera en la que terminaría ahogándose.

Era casi una sensación de pesadilla.

¿Qué había más allá de aquellas paredes?

¿Qué peligros podía correr Susan, no por maldad, sino por imprudencia de los que la atendían?

Bruscamente tomó una decisión.

No quería aguantar más.

Tampoco era un delito intentar ponerse en comunicación con la muchacha. Si le sorprendían por los pasillos, no por eso iba a ocurrir nada.

Esta vez, al caminar, se apoyó en los muebles y luego en las paredes.

La pierna resistió bien.

Abrió la puerta silenciosamente.

Ante sus ojos se extendía un pasillo largo, silencioso, de paredes blancas, pero no hostiles, como las de los hospitales. Estas se encontraban muy bien decoradas. Parecían las de un hotel de lujo.

No se veía a nadie.

Kent avanzó lentamente, apoyado en las paredes.

El silencio era casi angustioso.

Uno tenía la sensación de moverse en el interior de una tumba ultramoderna.

Y en realidad, ¿qué era aquella clínica sino una especie de antesala de la tumba?

Llegó a un vestíbulo en el que existían unas escaleras.

Tampoco había nadie visible allí, pero se oían voces procedentes de una de las puertas. Posiblemente la sala de descanso de las enfermeras. Un par de ellas debían estar matando las horas allí, mientras los pacientes no molestasen.

Al principio de la escalera, una flecha con un cartelito indicaba: «Women Sector», es decir, sección de mujeres.

Kent pasó con todo sigilo.

Y empezó a ascender hasta el piso superior, procurando no tropezar con su pierna lesionada.

En el vestíbulo al que llegó tampoco había nadie.

La sección parecía igual que la de abajo, con la única diferencia de que era bastante más coquetona; había flores por todas partes y las puertas estaban pintadas de rosa.

Kent se rascó la nariz.

¿En cuál demonios de aquellas habitaciones estaría Susan?

Resolvió mirar en una tras otra. Si las pacientes de aquel sector eran gente moribunda, no se darían cuenta de que alguien husmeaba tras la puerta.

Kent empujó la primera.

Lo hizo con todo sigilo.

Y más allá vio bastantes cosas.

Una habitación iluminada.

Una cama.

Un tío dentro.

La mano derecha del tío.

La pistola con silenciador que empuñaba.

La cara de mala jeta que el tío tenía.

Y su voz lenta, silbante:

—¿Por qué te quedas ahí? Hala, palomo, entra.

CAPÍTULO VI

Kent Maggiore sintió tal sorpresa que en el primer momento no pudo reaccionar. Pero la pistola le apuntaba tan insistentemente a la cara que no tuvo más remedio que acceder a la amable invitación.

Pasó, cerrando la puerta y apoyándose en la pared.

El tipo que le apuntaba era joven y corpulento.

Llevaba un pijama exactamente como el suyo, y en la mesilla había diversos frasquitos con potingues. El gráfico de la temperatura también indicaba fiebre, pero el tipo no tenía el menor aspecto de estar muriéndose de cáncer. Si acaso de una indigestión, porque su estómago abultado indicaba que era aficionado a las buenas cenas. Tampoco se comprendía qué cuerno podía hacer un fulano como aquel en la sección de mujeres.

El tipo masculló:

—No creí que un sucio polizonte como tú llegara tan pronto.

—No soy un polizonte.

—No, ¿eh?

—He tenido un accidente y me han traído aquí porque era la clínica más cercana y me estaba desangrando.

—Me sé el cuento demasiado bien. Todos vosotros sufrís accidentes cuando os conviene.

—No te entiendo.

—Me vas a entender enseguida. Esos vendajes son falsos. Acércate.

Kent se acercó poco a poco, procurando no tropezar.

El otro había saltado de la cama.

Era un hombre alto, corpulento.

Tendió la mano izquierda hacia los vendajes que cubrían el pecho de Kent Maggiore, pensando arrancarlos de cuajo.

La reacción de Kent fue instintiva. No lo pensó. Si llega a pensarlo, no lo hace.

Con la mano izquierda dio un golpe a la pistola del otro, que estaba algo descuidado. Tuvo suerte, porque la pistola saltó por los aires. Inmediatamente se apoyó en la pierna sana, mientras sujetaba la mano izquierda de su enemigo.

Kent Maggiore no había sido siempre un aburrido profesor de Historia.

También había sido un divertido profesor de judo cuando entrenaba a los futuros comandos en una sección especial de la academia militar de West Point.

El hombre salió proyectado por encima de su hombro y voló. Hasta un par de segundos más tarde no se dio cuenta de lo que sucedía. Si llega a estrellarse contra la pared, la cuartea con su peso, pero por fortuna para

Kent chocó con un cómodo diván que había junto a la puerta. Su corpachón se hundió y luego salió rebotado sin hacer el menor ruido.

Kent Maggiore no podía perder aquella oportunidad.

No volvería a tener otra.

Lo cazó bien.

Sus dos ganchos fueron a la mandíbula de su enemigo mientras este aún volaba por los aires, sin pensar ni remotamente en cubrirse la cara. Los dos chasquidos hicieron estremecer el aire, pero no llegaron a oírse fuera de la habitación.

El tipo quedó sin sentido.

Estaba «K.O.», aunque Kent no podía saber cuánto duraría aquello.

Lo mejor sería evaporarse.

No tocó ni la pistola.

Pero cuando descendió poco a poco hasta el piso inferior, resbalando casi por los peldaños, había tomado ya una decisión.

Una decisión de aúpa.

CAPÍTULO VII

Avisaría a la policía.

Aquello no era normal. Demasiadas cosas extraña estaban ocurriendo en aquella clínica. Y aunque no podía usar el teléfono, pensó que quizá lograría llamar la atención de alguna patrulla nocturna.

Él conocía muy bien lo ciudad.

Más allá de los jardines de la clínica había un pequeño bar que era casi el único en una extensa zona y que estaba abierto toda la noche. Los automovilistas que regresaban a altas horas solían tomar allí la última copa. Los patrulleros de la policía también se detenían allí a matar unos minutos entre ronda y ronda.

El joven entró en su habitación.

Todo estaba en orden.

El corazón le latía aceleradamente cuando abrió del todo la ventana. Era peligroso lo que iba a hacer, por no tenía otro remedio. Oteó a través de los árboles del parque.

Estaba de suerte.

A través de los árboles se distinguían las luces del bar, y enfrente del bar estaba el patrullero, cuyo faro de destellos, situado en el techo, giraba silenciosamente. Del mismo modo que él veía el coche, podían ver los policías la ventana iluminada.

Kent tomó la almohada.

Con ella podía tapar la luz de la lámpara, haciéndola reaparecer luego. No produciría así el menor ruido.

Confiaba en que los policías le vieran y que además entendieran el alfabeto Morse.

Mediante destellos más o menos rápidos de luz, formando las rayas y puntos del Morse, compuso la palabra «Socorro».

Una vez.

Dos veces.

Los policías ni se enteraban.

Debían estar bebiendo.

Tres veces.

Cuatro veces.

Por fin los vio salir.

Era evidente que le habían distinguido.

Los vio hablar junto a la puerta del bar, mientras señalaban hacia la clínica.

Estaban tan lejos que Kent no se atrevió a gritar, porque además hubiera puesto en guardia a los empleados del doctor Foster. Pero puesto

que le habían visto, podía considerarse salvado.

Formó por quinta vez la palabra, con toda la claridad que pudo.

Y, en efecto, los patrulleros la entendieron.

Uno de ellos susurró:

—Mira eso.

—Hum... Pobre tío. O pobre mujer. Lo que sea.

—Quizá se ha enterado de que su enfermedad es mortal y quiere que le saquen de ahí.

—Preferirá morir en su casa.

—Lo que te he dicho tantas veces: hay familiares que merecen una patada en un sitio que yo me sé. Dicen que en esa clínica están especializados en que la gente no sufra. Pero ya ves. Todos los enfermos no son tontos, qué caramba. Algunos se dan cuenta.

—¿Qué hacemos?

Uno de los policías se encogió de hombros.

—¿Y qué vamos a hacer? Ese pobre tipo, el que sea, es capaz de pasarse así toda la noche. No sabes la pena que me dan, muchacho. ¡Y pensar que estás trabajando y arrastrándote como un puerco toda la vida y a lo peor, cuando eres viejo, tu mujer y tus hijos te meten en un sitio así!

—Hala, vamos.

Uno de los policías tendió la mano hacia la ventana, con un gesto de pesadumbre, como diciendo:

«Calma, muchacho, calma... No puede ayudarte nadie».

Y se alejaron los dos en el coche patrulla.

Kent estaba cansado, destrozado, con la boca abierta.

Después de lo ocurrido, y a causa de las heridas, se sentía deshecho.

Pero aún tuvo la esperanza de que los policías hubieran ido a la comisaría a buscar refuerzos o a establecer un sistema de escucha. Los esperó durante largo rato, con la respiración anhelante, creyendo que cada coche que pasaba por las cercanías era un patrullero.

Pero al cabo de media hora comprendió, desalentado, que le habían tomado por lo más razonable: por un moribundo que se negaba a largarse de este barrio.

Cerró la ventana y se dejó caer de nuevo sobre el lecho.

Estaba perdido.

Ahora el tipo de la pistola le buscaría. Ahora ya no podría escapar de allí.

Con los ojos muy abiertos, anhelante, esperó la llegada de la muerte, sabiendo que era extraño que esta tardase tanto ya. Cualquier rumor en el pasillo, cualquier chasquido de una puerta le parecía el principio del fin.

Pero nada sucedía.

Por la ventana entreabierta empezaban a filtrarse los primeros ruidos de la ciudad y las primeras luces del alba.

Dicen que los condenados a muerte solo se duermen al amanecer, seguros de que a aquella hora ya no vendrán a buscarles.

Y algo así le ocurrió a Kent Maggiore.

Se durmió profundamente, como hacía años que no había dormido.

CAPÍTULO VIII

Todo fue tan normal al día siguiente que se sorprendió. No solo no había sufrido ningún percance mientras estaba dormido, sino que fue despertado por las manos suaves de una enfermera que le daba masaje en la pierna herida. El joven se volvió, despertando bruscamente, y recibió como saludo una sonrisa más luminosa que aquella radiante mañana. La chica le hizo una seña para que se estuviese quieto.

—Parece que su pierna reacciona muy bien —dijo—, pero hay que cambiar los vendajes y ponerle una inyección.

—¿Una inyección de qué?

La enfermera rio.

—¿Le dan miedo?

—Solo quiero saber lo que van a inyectarme.

—Un simple tónico. Hala, ya puede volverse. Ya está.

—¿Qué...?

—Ya le he puesto la inyección.

En efecto, mientras le daba masaje, le había clavado la aguja con tal habilidad que Kent no lo había notado siquiera. Ella retiró la aguja y volvió a sonreír.

—Veo que ha descansado mal porque tiene ojeras —murmuró—. ¿Qué quiere para desayuno?

—¿Es que puedo elegir?

—Claro. Aquí tenemos de todo. Hay un surtido de cinco desayunos suculentos para seleccionar. ¿Le traigo la carta?

—No, no... Yo... Bueno, yo suelo desayunar unos huevos revueltos con jamón, cerveza y café. Diga que me traigan eso, si... si no es mucha molestia.

—Ninguna molestia. Al contrario.

—Oiga, señorita...

La chica se detuvo en la puerta.

—¿Qué?...

—La cocina de este establecimiento parece querer hacer la competencia a la de Maxim's de París. ¿Es eso normal en una clínica donde solo entran casos desesperados?

—Claro que lo es, amigo mío. Precisamente porque los casos son desesperados, ya no importa lo que coman. Algunos moribundos conservan hasta el final un excelente apetito. ¿Y por qué vamos a negarles un capricho, si se les antoja un plato especial?

—Comprendo.

—Enseguida le traigo sus huevos con jamón.

Cuando la chica salió, Kent se sintió mucho más tranquilo. Si la inyección fuera un veneno, ya habría empezado a notar los síntomas. La verdad, tampoco había razón para que le envenenasen. Y si pensaran hacerlo, no le traerían un desayuno tan succulento. Quizá había sospechado tonterías. Estaba en un sitio completamente normal.

Mientras la enfermera le instalaba la bandeja en una mesita acoplable, él susurró:

—Habrá enfermos que se den cuenta de que están en las últimas, ¿verdad?

—Sí, algunos.

—¿Tratan de salir de aquí?

—Es lógico. Algunos nos dan un trabajo abrumador. Hubo uno que incluso consiguió un revólver no sabemos cómo y nos amenazó con él.

—¿Y habrá enfermos que no tengan aspecto de moribundos?

—En efecto, aunque son casos raros, hay algunos. Hace meses falleció una mujer que hasta los últimos días había conservado un magnífico aspecto. Tenía localizado en el cerebro un tumor maligno que no se podía operar, pero ella solo notaba unos leves dolores de cabeza. En la última semana todo cambió, claro... ¡pero si usted la hubiera visto antes!

Kent Maggiore volvía a sentirse absolutamente tranquilo.

Bueno, allí estaba la explicación.

Un desahuciado que por su aspecto no lo parece, y que se niega a morir. Tiene una pistola y trata de emplearla para escapar. Cree que es la policía la que le ha traído allí. Esa era la clase de tipo con la que Kent se había enfrentado la noche antes.

Y eso explicaba que luego ya no hubiera intentado nada contra él, pese a conservar su arma.

Todo concordaba. Todo era limpio y lógico.

Y Kent consumió sus huevos con jamón con un apetito que no había tenido desde sus días de estudiante, cuando además practicaba el judo, jugaba al rugby, hacía recados para ganarse el sustento, pellizcaba a la vecina del tercero, se trabajaba a la del cuarto y huía a todo correr del marido de la del quinto, que cierta noche les había sorprendido en la escalera.

¡Aquellos eran buenos tiempos!

Y, después de desayunar, Kent Maggiore se durmió como un bendito.

* * *

Le despertaron cuando el sol ya estaba muy alto. Debían ser las doce.

Abrió los ojos y se encontró con la sonrisa amable del doctor Foster, que llevaba en la mano unas tijeras especiales para cortarle los vendajes del pecho.

—Parece que se siente mejor, ¿eh?

—Oh, doctor, perdone. Me he dormido como un idiota.
—Si solo los idiotas durmieran, le aseguro que en este mundo la gente se pasaría la vida en la cama. Vamos a ver cómo está la herida del pecho.
Cortó los vendajes e hizo un signo afirmativo.
—Perfectamente —susurró.
—¿Podré marcharme hoy?
—Yo creo que sí. De todos modos le haremos antes una radiografía, para evitar sorpresas.
—Y la señorita Lenny, ¿cómo está?
—Acabo de visitarla. Se siente muy bien. También he ordenado una radiografía, y si sale como espero, podrán marcharse juntos.
Kent sonrió con sincera alegría, con una alegría que no había sentido desde muchos años atrás.
—Le estoy muy agradecido, doctor.
—Dentro de un momento vendrán a buscarle en una silla de ruedas para llevarle a la sala de rayos.
—Creo que podría andar...
Foster volvió la cabeza y le miró con rápida suspicacia.
—¿Lo ha probado?
Kent tragó saliva.
—No... Solo he andado hasta la ventana para entornarla un poco.
—Pues ha sido una imprudencia. Hasta que hagamos la radiografía no se puede estar seguro de nada.
—Perdone.
—No se preocupe, ahora ya está hecho. Si quiere arreglarse, encontrará todo lo necesario en el cuarto de baño. Dentro de media hora vendrán a por usted.

* * *

No había transcurrido aún media hora, y Kent estaba dándose los últimos toques al peinado, después de afeitarse, cuando una chica que parecía arrancada de la portada de una revista vino a buscarle con una silla de ruedas. Al joven le tocó las narices pensar que tenía que comportarse como un inválido ante una chica así, cuando lo que tenía ganas era de portarse como un cosaco.

—Siéntese —invitó ella.
—Si no hay otro remedio...
—No lo hay. Y procure no fatigarse ni hacer imprudencias.
Él se tragó sus palabras:
«La de imprudencias que haría yo contigo, nena...».

Pero fue buen muchacho y se sentó en la silla de ruedas como ella le había indicado. Rodó por el mismo pasillo que había recorrido a pie la noche anterior y, al llegar al vestíbulo, vio unas anchas puertas en las que

hasta entonces no había reparado. Se trataba del ascensor. Las anchas puertas se abrieron, y él fue introducido en una cabina metálica que descendió a las profundidades de la clínica. Por los indicadores, Kent vio que había un sótano debajo de la planta principal. Pero el sótano no era un lugar oscuro, sino todo lo contrario. Cuando llegó a él, vio que los puntos de luz de neón eran tan abundantes y bien colocados que uno tenía la sensación de andar por la calle a pleno día.

La sala de rayos estaba a la derecha. Se trataba de una instalación modélica. Un hombre silencioso, con una bata amarilla que parecía fosforescente, estaba ajustando bien la posición de una de las pantallas.

Miró a Kent.

La enfermera que lo transportaba dijo:

—Hay que hacer dos radiografías. Una de la pierna y otra del pecho. Aquí tiene la orden de trabajo.

Le tendió una hoja de papel que estaba adherida a la parte posterior de la silla de ruedas.

Todo era eficiente y estaba bien organizado en la clínica del doctor Foster. Vamos, que un enfermo era como un coche que hay que reparar.

Pero el tipo de la bata amarilla gruñó:

—Tendrá que esperar unos minutos. Hay un tubo que no funciona bien.

La enfermera se encogió imperceptiblemente de hombros.

—De acuerdo, aquí se lo dejo. Cuando usted haya terminado me llama por teléfono, doctor. Volveré a buscarlo.

—Muy bien.

Mirando las curvas de la chica que se alejaba, el tipo de la bata amarilla por poco mete la cabeza dentro de la pantalla.

Luego clavó sus ojos en Kent Maggiore.

—Perdóneme —dijo—. Parece que la corriente eléctrica ha tenido una caída de tensión. Voy a ver qué pasa.

Y salió.

Kent quedó solo.

Estaba seguro de que no habían hecho aquello a propósito, para estudiar sus reacciones. No. La expresión del tipo de la bata amarilla era sinceramente preocupada.

Aguardó unos instantes.

El silencio era macizo, denso, era casi irreal en aquella habitación cerrada.

Kent no movía ni los dedos.

Lamentaba no tener un cigarrillo, que en cierto modo le hubiera dado la sensación de estar haciendo algo, rompiendo así aquel clima nervioso, de insoportable espera.

Y entonces el silencio se rompió. Era un ruido simple y muy lógico en aquel lugar; el ruido de una camilla de ruedas al ser transportada por el

pasillo. Kent avanzó, siempre en su silla, y abrió un poco, en silencio, la puerta de la habitación.

Vio el pasillo. Un hombre transportaba por él una camilla de ruedas donde iba sin duda un cadáver, porque se trataba de un bulto rígido con el cuerpo y la cara completamente tapados. El hombre y su fúnebre carga desaparecieron por unas amplias puertas que había al fondo del corredor.

Y entonces otra vez volvió el silencio.

Aquel silencio denso y que parecía poder palpase.

Kent dejó la silla de ruedas.

No sabía por qué estaba haciendo aquello.

Pero era como si una fuerza lejanía le moviese. Como si una curiosidad que podía más que él mismo empujara sus pasos.

Sus piernas respondían bien.

Pero se apoyó en la pared mientras avanzaba hacia la puerta. Sabía que podían descubrirle en cualquier momento y que eso haría difícil su situación, pero no se amilanó. Fue hasta las anchas hojas de madera que cortaban el pasillo y entreabrió una de ellas levemente.

Distinguió una amplia sala bien iluminada, sin ventanas, pero con un sistema de aire acondicionado que hacía la temperatura muy agradable.

En la sala había tres mesas de mármol parecidas a las que se emplean en la Morgue para las autopsias. Eso era lo único macabro. Lo demás resultaba agradable e incluso coquetón. Las paredes estaban pintadas de rosa, había una especie de pileta con agua perfumada, donde cabía un cuerpo humano, y diversos armarios estaban repletos de artículos que parecían de perfumería y cosmética.

Kent Maggiore atravesó aquella sala.

Había otra puerta al fondo.

La empujó también silenciosamente.

Y lo que vio le hizo temblar, mientras se llevaba la mano izquierda a la boca para no lanzar un brutal gruñido de sorpresa.

El hombre que antes transportó la camilla y una mujer ya de media edad, con los cabellos grises, estaban maquillando un cadáver. El cadáver de un hombre... ¡que no era posible que hubiese fallecido de muerte natural desde la noche anterior!

Porque el muerto era... ¡El tipo de la pistola! ¡El que se lanzó sobre Kent cuando este irrumpió en la sección femenina!

CAPÍTULO IX

Kent estaba petrificado.

No entendía una palabra, pero se daba cuenta de que acababa de entrar en su propia tumba. Esa era una sensación instintiva, confusa. Era una de esas conclusiones a las que no se llega razonando. Pero su instinto le decía: «Muchacho... ¡te has metido en un buen lío! ¡Dentro de poco tú estarás como ese fiambre!».

Nadie le había visto aún.

O al menos eso creía.

Pero la cámara de televisión, muy bien disimulada, que estaba en la sala, y mediante la cual el doctor Foster podía controlar la labor de sus empleados, había captado ya la presencia del intruso. Su imagen se recortó nítidamente en una pequeña sala de control central mientras una voz queda decía suavemente:

—Doctor Foster... Atención, emergencia... Llamando al doctor Foster...

* * *

Kent Maggiore estaba descubriendo en sí mismo insospechadas habilidades para deslizarse sin hacer ruido. Patinó materialmente por los suelos brillantes y encerados, pegándose a las paredes, hasta volver a la sala de Rayos X. Allí le encontró, cinco minutos más tarde, el tipo de la bata fosforescente que había querido comerse cruda a la enfermerita de antes.

Fácil es imaginar la tormenta de pensamientos que pasaban por el cerebro del joven profesor de Historia.

Aunque no veía con claridad aquello, su instinto le decía que allí se había cometido un crimen, o quizá más de uno. Y que él y Susan Lenny estaban en peligro de muerte.

Ahora bien, ¿cómo salir de allí?

¿Cómo evitar lo que podía ser inevitable?

Trató de conservar la serenidad y se dijo que no había más que un camino: fingir naturalidad e indiferencia. Como si no supiera nada. Puesto que no le habían visto, le dejarían salir de la clínica. Y entonces, una vez fuera, habría llegado su momento. Entonces averiguaría todo lo que hubiese que averiguar.

El de la bata fosforescente murmuró:

—¿Qué le pasa?

—¿Por qué...?

—Le veo la mar de pensativo...

—¿Y en qué quiere que piense un tío como yo, que tiene hecha cisco

una pierna?

—No hay para tanto, hombre, no hay para tanto... Yo le veo bastante bien.

—¿Usted cree?

—Me parece que sí. Hala, pase a la pantalla.

El joven se situó en el lugar indicado y le hicieron una radiografía de la pierna, seguida por otro del pecho. Cuando hubieron terminado, murmuró:

—¿Cómo me encuentra?

Y puso en aquella pregunta un ansia y un interés que el otro, por fortuna para Kent, no llegó a notar.

—Yo creo que muy bien —dijo el de la bata.

—¿Por lo tanto podré salir?

—Eso debe decidirlo el doctor Foster.

—¿Pero usted qué cree?

—Yo creo que sí. No veo nada que le impida seguir su convalecencia en casa.

Kent suspiró aliviado.

—Gracias, amigo. No sabe lo que eso significa para mí. Me siento deprimido aquí dentro. Hace poco han pasado por ahí, por el pasillo, como quien dice frotándomelo por las narices, un fiambre...

—Es natural; al fondo del pasillo está la sala de maquillaje.

—¿Maquillaje de qué?

—De los cadáveres. Han de tener un buen aspecto. Parte del éxito de la clínica está en que se los entregamos a los familiares como si aquí lo hubiera pasado en grande.

—Entiendo.

—Pero a mí me fastidia que tengan aquí la sala de maquillaje, tan cerca de la sección de rayos. A veces hay pacientes aquí, como usted. También se dan cuenta de que pasa un muerto y entonces se deprimen.

Pulsó un timbre.

Y al instante apareció la enfermerita —comestible con su falda cortita, sus benditos labios pulposos y su maldita silla de ruedas.

—¿Ya está?

—Sí; ya puede llevárselo.

Kent fue reintegrado a su habitación. Llevaba apenas unos diez minutos en ella cuando la puerta se abrió y apareció el doctor Foster.

Tenía una sonrisa optimista.

—Hola, amigo.

El joven intentó mostrarse optimista también. Era mejor así.

—Hola, doctor.

—Acabo de bajar a la sala de rayos y he visto ya los resultados. Los primeros resultados, quiero decir. Aunque no puede decirse nada hasta que tenga las placas, me parece que las noticias no son buenas. No puede usted

irse de aquí.

—¿Quéééééé?...

—No puede usted irse.

—Pero el que estaba abajo me ha dicho que...

—El que estaba abajo no tiene autoridad para decir nada. Es un simple auxiliar. Haré que se acuerde de que ha de tener bien cerrada la boca.

—No le abronque, doctor. Ha sido culpa mía por preguntar.

Kent intentaba mantener la naturalidad, pero se daba cuenta de que aquello era una trampa. Querían retenerle allí. Querían retenerle porque se habían dado cuenta de que él era un peligro. Y una vez lo tuvieran bien seguro allí dentro... ¿qué ocurriría?

Era fácil imaginarlo.

En una clínica hay en realidad más armas para liquidarle a uno que en el cuartel de una división acorazada. A un hombre se le liquida con unos milímetros de líquido bajo la piel, o simplemente —y esto además sale barato —inyectándole un poco de aire en las venas.

—La herida del pecho es la que no me gusta —dijo el doctor—. Creo prudente que usted se pase un día más aquí. Le estaremos observando, y además el descanso le favorecerá.

Kent pensó que estaba descansando allí menos que cuando entrenaba para pelear a los comandos.

Pero se tragó las palabras.

—No quisiera producir gastos —dijo solamente.

—Ya le he dicho que todos son a cuenta nuestra. Y además no tiene importancia. Trate de dormir, amigo. Buenos días.

Y Foster se alejó.

Los pensamientos de Kent zumbaban en su cráneo como moscas malditas.

Era evidente que hasta entonces no habían hecho nada contra él porque no creían que fuera peligroso.

Se limitaban a cubrir el expediente, como en cualquier clínica a la que hubieran llevado dos heridos de urgencia.

Pero ahora las cosas cambiarían.

Ahora ya se habían dado cuenta de que Kent Maggiore acababa de ver demasiadas cosas.

¿Cómo le liquidarían? ¿Y cómo liquidarían, sobre todo, a Susan Lenny, que también debía estar condenada a muerte?

Kent sufría, sobre todo, por ella.

Comprendió que tenía que salir de allí.

¡Tenía que salir de allí como fuese!

En aquel momento se abrió la puerta.

Un hombre alto, enorme, forzudo como un gorila, apareció en el umbral. Transportaba una camilla.

—Buenos días —dijo amablemente.

Kent arqueó una ceja.

—¿Qué pasa ahora?

—Es necesario darle un poco de masaje. Le irá bien.

—¿Y si yo no quiero?

—Es orden del doctor Foster. Usted no debe resistirse.

—Pero yo soy muy libre de...

—¿A qué viene eso ahora? Un hombre que está en una clínica debe someterse al tratamiento. Vamos, no nos ponga las cosas difíciles. Sentiríamos mucho tener que obligarle en su propio beneficio.

Y, como el que no quiere, le puso la mano en la parte posterior del cuello.

Kent Maggiore no había sentido jamás encima una manaza semejante.

Los dedos estrujaron sus vértebras cervicales, y Kent comprendió que aquel gorila podía romperle el cuello con una sola presión. Su experiencia le había demostrado cien veces lo terrible que era aquello.

—Hala, tiéndase.

Más que tenderse «le tendieron». Kent se encontró de pronto en un pasillo interminable, al final del cual le metieron en un ascensor que no conocía. La etapa de las enfermeritas suculentas parecía haberse evaporado ya para siempre. Ahora había entrado en la etapa de los tíos peludos que le rompían a uno el cuello.

Llegó a una sala de la que sacaban en camilla a una mujer.

La mujer ya era de media edad.

Estaba macilenta, pero sonreía, a pesar de todo, con una especie de alivio, asiendo la mano del hombre vestido de blanco que la acompañaba.

—¿Qué? ¿Verdad que se siente ya mejor? —preguntaba él.

—Sí, doctor. Esos aparatos son extraordinarios.

Kent Maggiore comprendió que él también iba a entrar en contacto con aquellos «aparatos».

La sala era luminosa y amplia. Parecía un gimnasio. Había en él unas cuantas paralelas, unas poleas y una especie de sauna. También había una mesa con unas complicadas correas que la unían a una especie de motorcillo eléctrico.

Le llevaban allí.

Lo que menos le gustó a Kent de esa mesa fue que tenía unas abrazaderas a las que uno quedaba sujeto cuando le tendían allí.

Y le tendieron.

Fue inútil que Kent intentara resistirse.

El gigante volvió a apretarle el cuello, produciéndole un dolor tan insoportable que le impidió pensar en nada más. Cuando se dio cuenta, ya tenía manos y pies sujetos a la camilla.

Esta —ahora lo vio— consistía en muchas piezas articuladas.

Era una especie de máquina vibratoria.

El gorila le explicó, tratando de ganarse su confianza ahora que lo tenía seguro:

—La vibración alivia los dolores. Muchos enfermos que ya no pueden soportarlos, se encuentran mejor después de una sesión de estas. A usted le caerán muy bien. Las vibraciones son estupendas.

—Pero a mí no me duele nada.

—Espere, espere... Ya verá cómo se encuentra.

Kent Maggiore tuvo la certidumbre absoluta de que iba a morir.

Y hasta comprendió el sistema. Un sistema que le abriría la herida del pecho y le haría desangrarse sin que nadie sospechara, porque no le habrían tocado manos humanas. La herida se abriría por vibración, dando la absoluta sensación a cualquiera de que se había abierto por sí misma.

La máquina empezó a funcionar.

Todas las piezas de la camilla se movían de un modo rítmico, como en oleadas, produciendo la sensación de que cien manos daban masaje en todo el cuerpo.

Era, al principio, una sensación agradable.

Pero no a aquel ritmo. No al ritmo infernal que estaban imprimiendo a la máquina.

Esta zumbaba como el motor de un avión.

Todo crepitaba.

Parecía una máquina enloquecida.

Kent empezó a sentir un fuerte dolor en el pecho muy poco después. La herida, aún fresca, no podía soportar la salvaje serie de vibraciones a que la estaban sometiendo. El joven notaba cómo los bordes volvían a separarse. Su rostro se cubrió de un sudor helado, un sudor que era el presagio de la muerte.

—¡Suélteme! —masculló—. ¡Maldito! ¡Sáqueme de aquí!

En los labios del gorila apareció una sonrisa sardónica.

—Siga los consejos del doctor, amigo. Calma... Tenga mucha calma.

—¡Condenado perro!

—¿Por qué me insulta? Encima que solo quiero su bien...

—¡Disminuya las vibraciones! ¡Me está matando!

Estaba claro que eso era lo que quería el tipo, porque no movió ni un dedo.

Kent probó a soltarse.

Se dio cuenta de que no podría. Las abrazaderas eran de primera calidad. Estaba tan perdido como si lo hubieran sentado en la silla eléctrica.

¡Iban a matarlo así, de una manera tan idiota!

¡Luego matarían a Susan Lenny!

¡La destrozarían como a él!

Nunca hubiera imaginado que Susan Lenny significara para él alguna cosa. Ahora se dio cuenta de que sí. Aunque solo fuera porque la muchacha era inocente, no quería que muriese.

Tensó todos los músculos, mientras en un terrible esfuerzo intentaba romper las abrazaderas.

El gorila rio.

—Je, je... No podrás, amigo. Es inútil que lo intentes...

Kent Maggiore sintió dentro de sí la impotencia, la desesperación de la muerte.

Y en ese momento la puerta se abrió. Un hombre desconocido entró violentamente en la sala.

CAPÍTULO X

Lo primero que pensó Kent fue que aquel tipo venía a salvarle. Ya lo dicen: de ilusión también se vive.

Pero el recién venido ni siquiera le miró. Era un gorila como el otro. Hizo una seña al verdugo de Kent.

—Oye, Tuc.

—¿Qué hay?

—Dificultades. Necesito que me ayudes.

—¿Y este?

El recién llegado dirigió una mirada superficial a Kent.

—¿Para cuánto tiene?

—Yo calculo que diez minutos.

Kent se mordió desesperadamente los labios.

Ahora ya no disimulaban siquiera. Ahora ya habían puesto límite a su vida como si lo tuviesen en el matadero.

Y lo tenían...

—Volverás mucho antes, Tuc. Es cuestión de unos momentos. Uno de aquellos se ha puesto tonto, ¿sabes? Muy tonto...

—¿*Aquellos*?

—Ya te puedes imaginar quiénes.

—Entonces voy. Supongo que el doctor Foster tiene interés en acabar enseguida.

—Cuanto antes.

—Voy.

Los dos salieron. No había por qué preocuparse por Kent Maggiore. Este ya había puesto los pies en la tumba.

El dolor de su pecho era angustioso.

Aún no sangraba, lo cual indicaba que la herida no se había abierto de nuevo. Pero tardaría poco. Y el joven se daba cuenta de que entonces la hemorragia sería interminable, mortal. Moriría lentamente y —peor aún— dándose cuenta de que se acababa...

Tensó todos sus músculos otra vez.

El esfuerzo le dejó sin respiración.

No podía más, no podía... ¡NO PODÍA!

¡*Chask!*

Una de las anillas había saltado bruscamente. Kent, poseedor de una fuerza hercúlea, acababa de librar el brazo izquierdo.

Hurgó inmediatamente en la anilla derecha, incorporándose para que las vibraciones no le afectaran la parte superior del cuerpo.

Trabajaba contra reloj. La tensión de su corazón era angustiosa.

¡Chask!

La segunda anilla había saltado también. Ahora solo le quedaban las de los pies. Estas se sujetaban por debajo de la mesa, y un atleta como Kent, capaz de las posturas más violentas, consiguió desatornillarlas un poco.

Luego tiró hacia arriba.

Las dos anillas saltaron simultáneamente.

Una vez libre Kent se dejó caer de la silla al suelo.

Las espantosas vibraciones cesaron, pero el dolor de su cuerpo no disminuyó.

Incluso el respirar le costaba.

Intentó llegar hasta la puerta y entonces, por encima del traqueteo de la máquina, le pareció escuchar los pesados pasos de alguien que se aproximaba a la puerta.

Tenía que ser el gorila que estaba ya de vuelta.

Y él había de «recibirle» bien si quería tener alguna esperanza de salir de allí.

Rápidamente volvió a tenderse en la mesa vibratoria, colocando las manos y los pies exactamente tal como los tenía cuando estaba sujeto. El fulano llamado Tuc vino directamente hacia él. No se fijó demasiado en los detalles. Al verle en la misma posición, dio por descontado que continuaba sujeto.

—¿Pero aún no sangras? —masculló—. ¿Cuánto demonio resiste tu herida?

Y se inclinó sobre Kent para ver mejor.

El rodillazo que recibió en la cara fue de los que hacen olvidarse a un hombre del apellido de su padre.

Tuc vaciló. Sus facciones reflejaron una brutal sorpresa, mientras la sangre saltaba a ellas. Intentó saltar sobre la mesa vibratoria.

Pero el terrible gancho en la mandíbula le hizo retroceder. Tuc era muy fuerte, pero tenía lo que en el argot boxístico se llama «barbilla de cristal». Los golpes bajo la boca le ponían al borde del «K.O.» inmediatamente. Abrió los brazos e intentó contraatacar, pero ya con los ojos en blanco.

Kent comprendió que aquella era su oportunidad.

No la desaprovechó.

Un gancho más hizo que su enemigo quedara definitivamente «K.O.». Entonces quitó a su enemigo el cinturón y la corbata y le ató con ambas prendas sólidamente. Hecho esto, lo arrastró hasta una especie de tobogán que partía del suelo de la habitación y al que se tenía acceso por medio de dos puertas inclinadas. Las abrió y arrojó el cuerpo de Tuc por allí. Suponía que aquello daba a una especie de almacén o depósito de ropa sucia donde tardarían en encontrarlo.

Pero se equivocaba.

Más tarde Kent sabría por qué.

En aquel momento palideció, porque nuevos pasos se acercaban a la puerta. Eran los pasos de dos hombres más. Tal como estaba ahora —al borde del agotamiento— no podría luchar de nuevo, y menos contra dos enemigos a la vez.

Optó entonces por lo único que podía hacer: evaporarse. ¿Pero por dónde? No podía utilizar las ventanas porque le verían. La puerta mucho menos. Su única posibilidad de fuga estaba en seguir el camino que había hecho seguir a Tuc.

De modo que abrió las dos puertas inclinadas (muy parecidas a las que dan acceso a la bodega de un yate) y se lanzó él mismo por el tobogán.

Este era muy resbaladizo. Parecía como si las tablas de madera fina de que estaba hecho se hallaran embadurnadas con jabón.

El tobogán era una especie de serpentín.

Kent Maggiore se dejó caer, no sabiendo adónde le llevaría.

Y de pronto el olor le advirtió. De pronto crispó todos sus músculos e hizo un esfuerzo titánico para no seguir cayendo, para quedar como colgado en el aire.

El olor penetraba hasta el fondo de sus membranas nasales, picaba en sus pulmones y le producía un insoportable lagrimeo, tanto, que había tenido que cerrar los ojos.

Pero, a pesar de su titánico esfuerzo, Kent Maggiore no se detuvo.

Su cuerpo siguió cayendo.

Y de pronto el tubo terminó. De pronto el joven salió despedido, mientras crispaba su garganta y mientras escapaba de ella un gruñido de muerte.

CAPÍTULO XI

Lo que tenía debajo, cuando saltó por los aires y fue proyectado hacia el vacío, era un gran depósito circular lleno de aldehído fórmico, lo que en términos más simples se llama formol. El formol suele emplearse para la conservación de los cadáveres.

Y un cadáver flotaba ya en él.

¡Un hombre que se había ahogado en el formol!

¡Tuc, el que él arrojó unos segundos antes!

Con la cabeza hundida en el apestoso líquido, debía haber muerto ya, sin recobrar el conocimiento. Flotaba en unión de dos muertos más, que tenían los ojos espantosamente abiertos, mirando al cielo.

Kent se rehízo en el último instante.

En menos de dos segundos, cuando iba ya a caer, dio una vuelta de campana en el aire.

Entre la salida del tubo, que estaba en el techo de la habitación, y el borde del líquido, había unos tres metros. Esos tres metros bastaron a Kent para desviar el sentido de su caída y tocar con los pies en el borde del depósito, manteniendo milagrosamente la vertical sobre él.

Aquella vertical duró solo unos segundos. Kent terminó cayendo. Pero lo hizo hacia adelante, o sea hacia la parte exterior del depósito.

Una vez de rodillas en el suelo, respiró con alivio.

Todo el cuerpo le hacía daño, pero eso era lo de menos. Estaba vivo, eso era lo único que importaba. ¿Vivo por cuánto tiempo?

Miró en torno suyo.

Por lo que pudo apreciar, la sala era enorme, y el depósito de formol constituía su núcleo esencial. Allí debían tener a los cadáveres «en remojo» durante algunas horas, para que el líquido les fuera impregnando y evitar su corrupción temprana. Posiblemente luego eran bañados en otros líquidos de olor completamente distinto, como la pileta perfumada que él había visto en la sala de «maquillaje».

Seguramente, pues, estaba en el sótano.

Todas las luces eran de neón.

De modo que él había matado a Tuc sin quererlo. Pero ahora, ¿qué ocurriría cuando alguien entrase allí? Porque los otros dos muertos estaban desnudos, como era lógico, pero Tuc estaba vestido. Si quería camuflarlo, pues, debía quitarle sus ligaduras y sus ropas.

Kent no lo pensó dos veces.

Le desató y luego le despojó hasta de la última pieza de ropa, tras acercarlo al borde del depósito. Todas las prendas las ocultó en un armario metálico que había en la pared opuesta. Y luego se ocultó inmediatamente

él, porque se oían pasos acercándose a la sala.

Una enfermera de media edad entró.

Esta no tenía ninguna clase de belleza.

Sus facciones y sus ojos eran de bruja.

Las otras enfermeras, las guapas, eran las que se exhibían por los pasillos de la clínica del doctor Foster. A esta, en cambio, no la vería nadie jamás. Esta era como una especie de fantasma enterrada en el fondo de aquella institución misteriosa.

Llevaba un amplio garfio, parecido a un bichero de los empleados por los pescadores.

Y sin ningún reparo examinó los tres cadáveres con ojo crítico, como pensando cuál le convenía más.

No le llamó la atención la cara de Tuc.

Seguramente no le conocía.

Y ella empleaba simplemente los muertos que llegaban por el tubo, lanzados por el tubo, sin mirarlos demasiado y sin molestarse en hacer preguntas.

Miraba los cadáveres como una lavandera miraría los sacos de ropa.

Enganchó con el bichero precisamente a Tuc y lo colocó en el borde del depósito, sin ver a Kent, que estaba apenas a tres pasos, agazapado todo lo que podía.

La mujer llamó:

—¡Eh, Glenda...!

Otra parecida a ella entró en la sala. Llevaba una camilla herrumbrosa y que olía a formol como todo en aquella maldita pieza.

—¡Glenda! ¡Ayúdame a sacar este!

Glenda empleó otro bichero, colocándolo entre las piernas del hombre. Tiraron los dos, y el cuerpo de Tuc cayó sobre la camilla.

Kent Maggiore tragó saliva espasmódicamente.

Le daba angustia pensar que a un ser humano se le pueda tratar así, como a un fardo numerado, y más angustia aún le daba pensar que el fardo numerado hubiera sido él, caso de no haber logrado escapar de la maldita mesa vibratoria.

Glenda murmuró, señalando al muerto:

—Oye, a ese lo he visto en alguna parte.

—¿Quieres decir?...

—Yo estoy segura de que sí.

—Bah... Deben ser imaginaciones tuyas. Los hombres todos son iguales.

—Sí, cuando están muertos sí.

—Pues este no hace cara de haber padecido enfermedades.

—¡Uf! Ya sabes... Hay algunos que se mueren sin enterarse.

Y las dos mujeres salieron con su lúgubre carga, mientras una de ellas murmuraba:

—Hoy va a ser un mal día. ¡Qué barbaridad! En la bañera aún quedan dos...

Cuando la puerta se hubo cerrado, Kent se puso en pie poco a poco.

Le costaba respirar allí.

Tenía que escapar cuanto antes.

Se dirigió cautelosamente a la puerta por la que acababan de salir las dos mujeres y la entornó un poco para mirar al interior. Como suponía, se encontró en la sala de *toilette* funeraria en que había estado antes. Todo permanecía igual con la diferencia de que la pileta de líquido perfumado tenía ahora un ocupante. Ese ocupante era precisamente Tuc.

Seguro que lo dejarían allí un buen rato, en un segundo «remoión», para que desapareciese el olor a formol y su piel quedara limpia, perfumada y con el aspecto de la piel de una persona viva.

O mejor.

En contra de su voluntad, Kent tuvo que admirar la organización del doctor Foster.

Allí morir se daba gusto. O al menos los parientes de los que ingresaban allí creían eso a pies juntillas.

En una sala adjunta se oía canturrear a las dos mujeres. Los bicheros estaban apoyados en una pared. A través del resquicio de una puerta, Kent Maggiore distinguió a otra hembra. Esta era distinta: joven, bonita, agradable... Llevaba en la derecha unas pinzas muy parecidas a las que emplean las manicuras. Y la muy maldita se había quitado la falda para trabajar con más comodidad. Tenía unas piernas como para ponerse a lanzar berridos. Uno se olvidaba al instante de que estaba en una especie de reino de la muerte.

Pero al instante la seductora visión desapareció.

La chica empujó una silla para ponerla mejor enfocada a la luz, y Kent vio que estaba maquillando las cejas de una muerta. La muerta era una vieja que tenía la boca espantosamente abierta.

¡Mil diablos! ¡Y pensar que Kent, sin saberlo, hubiera perseguido a aquella chica hasta el fin del mundo!

¡Cualquiera la tocaba!

Al fin dejó de mirar y pensó que debía aprovechar aquellos instantes en que nadie le veía.

Pasó como una exhalación.

Seguro que estaban buscando a Tuc por toda la clínica. A Tuc y a él. Pero el último sitio donde se les ocurriría buscarlos sería en la *toilette* mortuoria.

El joven se encontró en el pasillo, junto a la puerta de la sala de rayos.

Un individuo más o menos de su misma talla, vestido con bata blanca, caminaba de espaldas a Kent. Entró en la sala de rayos.

Kent entró con él.

Movió las manos silenciosamente.

¡Zas! ¡Toc!

El tipo de la bata fosforescente, que estaba en la semioscuridad haciendo una radioscopia, murmuró:

—¿Quién está ahí armando jaleo? ¿No ven que tengo trabajo? ¿Qué diablos pasa?

Kent quitó la bata del caído, a quién había dejado «K.O.» con los dos golpes en la nuca, y susurró:

—Perdón. He tropezado.

—¿Cuántas veces he de decirlo? ¡Cuando yo estoy trabajando, no se puede entrar!

Kent arrastró el cuerpo hasta situarlo detrás de un biombo donde se desvestían los pacientes. Luego se puso la bata y salió tranquilamente con las manos en los bolsillos.

En apariencia, no se notaba nada anormal en la clínica.

Kent pensó que ahora podría llegar adonde quisiera, puesto que le confundirían con un doctor novato. Pero pronto se dio cuenta, con aprensión, de que dos enfermeras le miraban recelosamente.

Y de pronto comprendió la causa.

Miró a sus pies.

¡Estaba vestido con el pijama blanco, y además sus pies solo iban calzados con las zapatillas reglamentarias en la clínica! ¡La bata blanca resultaba un disfraz demasiado sencillo! ¡Sabrían que no era un médico!

Por lo tanto se dio prisa en llegar a la sección femenina. Mientras le vieran de lejos, no notarían demasiado la diferencia. Pero no había hecho más que poner los pies en la *Women Section* cuando un médico joven y una enfermera muy bonita se acercaron a él.

—Perdón —dijo el médico—. No creo haberle visto nunca en este sector. ¿Puedo saber quién es usted y qué hace aquí?

Kent sonrió.

Tenía las facciones levemente crispadas, pero procuraba que su expresión fuera la más natural del mundo.

—Con mucho gusto —dijo—. Claro que se lo explicaré. ¿Tiene inconveniente en que pasemos al vestuario?

Señalaba una puerta que había a la derecha. Sin esperar respuesta la abrió. El médico y la enfermera entraron en su seguimiento.

El médico cerró la puerta.

Kent se volvió de pronto.

Sus dos puños salieron disparados con una fuerza, con una precisión, con una contundencia que hubiera causado la admiración en un *ring*.

El doctor se desplomó, con los ojos en blanco, y quedó arrugado en un rincón del armario más grande de los vestuarios.

La enfermera fue a chillar.

Pero Kent musitó:

—Contigo no va nada, nena.

La apretó por los hombros, la atrajo hacia sí y la besó en los labios.

Ella se estuvo muy quieta.

Cuando Kent la soltó, fue a chillar de nuevo.

Kent repitió:

—Contigo no va nada, nena.

La apretó de nuevo por los hombros.

Ella, quieta que quieta.

Kent la soltó otra vez, pensando que el peligro ya había pasado.

Pero ella fue a chillar de nuevo.

Y Kent:

—Contigo no va nada, nena.

Y vuelta a sujetarla.

Cuando la soltó, ella hizo un gesto de ir a gritar.

Kent musitó:

—¿Estaremos así todo el día, muñeca?

—¿Quién eres?

—Uno que quiere escaparse de aquí.

—Muchos enfermos lo intentan, pero tú no tienes cara de enfermo. No besas como un muerto, vamos. Más bien besas como un vivales.

—Por eso quiero huir. Porque me han metido aquí por equivocación.

—¿Algunos parientes hijos de perra?...

—Sí.

—Pues no te preocupes. Si estás sano el doctor Foster lo averiguará enseguida. Esta es una clínica seria.

—¡Y tan seria! Pero prefiero ponerme bueno yo solito escapándome de aquí. ¿Puedes ayudarme?

—Claro que puedo ayudarte. Yendo así no llegarás a ninguna parte —dijo—. Se nota que eres un paciente. Lo que debes hacer es ponerte la ropa que hay ahí, en el armario. Tienes trajes de todas las medidas.

—¿Sí? ¿Y de quién son?

—De los médicos que están operando. Ellos se ponen una especie de monos color azul cielo, porque pueden moverse mejor. Estos son los vestuarios. Sus trajes están aquí.

—Perfecto. ¿Pero qué pasará luego?

—Cuando se den cuenta de la desaparición, que te echen un galgo, cariño.

Kent comprendió que la chica tenía razón. Y había de darse prisa si quería estar fuera antes de que el médico se recuperase. De modo que echó una ojeada a los trajes «aparcados» allí y eligió un magnífico terno gris perla, con camisa blanca y corbata azul que debía sentarle a las mil maravillas.

Se vistió en un santiamén.

Y resultó que le caía ni hecho a medida. La chica lanzó un silbido de admiración.

—Perfecto, perfecto... Estás comestible.

—¿Me cae bien?

—Ni hecho a medida. Y además has elegido el único que no echarán a faltar.

—¿Por qué? —preguntó. Kent, algo escamado.

—Porque es el del doctor Forester, que la diñó anteayer en el quirófano de un infarto de miocardio. Los parientes, para el sepelio, han traído un traje más serio. Un traje negro. Y este ha quedado aquí.

Kent sintió que el traje le daba frío.

Y que se le secaba la boca.

Ella murmuró:

—Voy a atar al doctor Cot —y señaló al caído—, antes de que se recupere. Luego le diré que lo has hecho tú y que me has atacado salvajemente a mí. Por cierto, ¿a qué esperas para atacarme salvajemente, cariño?

Kent bisbiseó:

—Verás... Con este traje no acabo de... de... En fin, que no me encuentro en forma.

—Entonces podemos quedar para vernos esta noche.

—Claro que sí. ¡Perfecto!

—¿Dónde?

—Antes de concretar el sitio de la cita, permíteme una pregunta, nena.

—Las que quieras, cariño. Por ejemplo, a mí me gusta la música suave. Y la media luz. Y el Martini dulce servido en vaso alto.

—Yo me refería a otra cosa, muñeca.

—¿Ah, sí?

—¿En qué sección trabajas tú?

—En la *toilette* funeraria. Yo arreglo los dientes de los muertos.

El joven quedó helado.

Sentía frío hasta en las uñas de los pies.

¡Mil diablos!

La chica rio mostrando unos dientes estupendos.

¿Cómo no iba a tenerlos bien, si hasta conseguía que parecieran sanos los dientes de los muertos?

—¿Qué? ¿Dónde nos vemos, chatín? ¿Dónde quedamos?

Kent susurró:

—Esta noche a las diez en el Himalaya, nena. Pero sé puntual. Se me hielan los pies si espero demasiado.

Y salió disparado de allí.

Dispuesto a poner tierra —¡pero que mucha tierra! —entre sus dientes

y las manos de la nena.

CAPÍTULO XII

Ahora tenía una oportunidad de escapar, pero no podía salir de allí sin llevarse a Susan Lenny. Porque dejar abandonada a Susan Lenny significaba condenarla a muerte.

Tal era la razón de que ahora Kent estuviese en la sección de mujeres de la FOSTER'S CHARITY HOUSE.

Tenía que probar suerte de nuevo, y para eso abrió dos puertas. Tras la primera vio una mujer ya de edad, profundamente dormida y que parecía sumida en una especie de coma. Al abrir la segunda, tuvo suerte esta vez. Porque tras la segunda puerta se encontraba Susan Lenny.

La muchacha paseaba intranquila de un lado a otro.

Estaba... Bueno... ¡Estaba como para aprobarla de Historia aun sin saber si Washington era una marca de lavadoras o un presidente de los Estados Unidos!

No llevaba más que una bata casi transparente.

A ella, por lo visto, le habían dado lo mejor de la clínica.

Con los brazos cruzados y sosteniéndose el mentón con el dedo pulgar, parecía una niña preocupada porque no sabe qué elegir ante un escaparate de muñecas.

Al oír que se abría la puerta, preguntó distraídamente:

—¿Ya vienen a buscarme?

Y de pronto abrió mucho los ojos.

—¡Kent!

Él musitó:

—¿Tenían que venir a buscarte, Susan?

—Sí.

—¿Para qué?

—Tenían que darme una sesión de masaje.

Kent se mordió el labio inferior hasta que de él casi brotó la sangre.

Ya estaba. A ella también tenían decidido liquidarla. ¡Y de qué modo!

Cerró la puerta y avanzó hacia el centro de la habitación mientras susurraba:

—¿Cómo te encuentras, Susan?

—Bien. Y tú... ¿qué haces aquí?

—Hemos de hablar. Creo que aquí corres peligro.

—Kent... ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—¿Qué has pensado tú, muñeca?

Era la primera vez que la llamaba «muñeca», y la muchacha lo notó. Tuvo como un leve estremecimiento.

—Aquí suceden cosas extrañas.

—¿Qué cosas extrañas?...

—Por ejemplo, esta es la sección de mujeres, ¿no? Entonces, ¿qué hacen algunas habitaciones ocupadas por hombres?

—¿Hombres jóvenes?

—Sí.

—¿Y que no tienen pinta de estar enfermos, ni mucho menos?

—Exacto. ¿Cómo lo sabes?

—Porque anoche vi a uno de ellos, que ahora está muerto. Pero supongo que hay más.

Ella musitó:

—No es eso solo. También me parece que me retienen aquí con excusas. Yo me encuentro muy bien, y, sin embargo, siempre están inventando excusas para que me quede. Lo último ha sido eso del masaje.

—No me extraña. Porque lo del masaje es una trampa mortal, Susan. Es como si te llevaran a la horca.

Ella palideció terriblemente.

Y se llevó ambas manos al pecho, con un gesto de miedo, aunque la verdad era que estaba menos sorprendida de lo que parecía.

En el fondo, esperaba algo así desde que empezó a notar aquellas cosas extrañas en la clínica.

—¿Por qué habían de hacerlo? —musitó.

—Sabemos demasiado. O por lo menos sé demasiado yo, pero tú también les estorbas. Teniendo tantas facilidades para matarnos y tantas excusas para quedar sin castigo, no van a dejarnos escapar.

—¿Pero por qué? —repitió la muchacha—. ¿Qué es lo que sabemos?

—Que aquí han encontrado refugio algunas personas que no están enfermas —musitó Kent—. No sé por qué lo han hecho ni quiénes son, pero al parecer eso afecta mucho a los intereses del doctor Foster. Tanto que no vacilará en enviarnos al Valle de Josafat, después de lo que hemos visto.

Hizo un gesto reflexivo, mientras vigilaba a través de la ventana, y añadió:

—Por supuesto, no todo el mundo quiere eliminarnos aquí. En esta clínica, fundamentalmente, trabaja un noventa y nueve por ciento de gente honrada. Solo Foster y unos cuantos tipos más tienen intereses aparte. ¿Cuáles? No lo sé aún, pero solo escapándonos podremos averiguarlo. Mientras estemos en la ratonera no veremos nada, excepto nuestro propio ataúd.

—Estoy de acuerdo contigo, Kent.

—Entonces aprobado.

Susan Lenny sonrió débilmente.

—Es la primera vez que me dices esa palabra.

Kent arrugó la nariz.

—Pero de momento me parece que tendremos que suspender el plan —dijo.

—¿Ya estás con los suspensos?

—Alguien se acerca.

En efecto, unos pasos se aproximaban a la entrada de la habitación. Kent hizo una rápida señal a Susan para que se tendiera en la cama.

Ella obedeció. Kent se inclinó sobre ella como si la estuviera examinando.

—Doctor —dijo uno de los recién llegados—, deje por favor a esta mujer. Ha de ir a la sección de masaje.

Kent musitó:

—Claro...

Y se volvió.

Había realizado aquello con éxito otras veces. Su mano plana salió disparada como un proyectil. Chocó con la nuez de Adán del otro.

Este no se dio ni cuenta de lo que ocurría. Tuvo como un espasmo. Y cayó directo a tierra, fulminado.

El segundo individuo reaccionó inmediatamente, saliendo de su sorpresa inicial. En su mano derecha apareció un cuchillo de mango corto.

Fue a hacer un envío a Kent, pero no llegó a tiempo. En parte porque este se había ladeado y en parte porque Susan Lenny había decidido intervenir. La muchacha le estrelló contra la cabeza el pesado pie de bronce de la lámpara que estaba sobre la mesa central.

En un momento los dos estuvieron listos.

Susan musitó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Atarlos y amordazarlos. Las ropas de la cama pueden servir para eso. Ayúdame.

En un momento los dos hombres estuvieron convertidos en dos fardos que yacían bajo la cama. Susan Lenny pareció darse entonces cuenta de la magnitud del lío en que estaban metidos. Con un soplo de voz balbució:

—¿Qué haremos ahora?

—Escapar.

—No puedo con esta ropa...

—Yo te ayudaré. Espera.

Salió cuidadosamente de la habitación y oteó a un lado y a otro el pasillo desierto. Las puertas de las habitaciones estaban tan inmóviles como las puertas de una serie de tumbas.

Kent entró en otra de ellas.

La mujer a la que vio también estaba sumida en una especie de coma. Era evidente que allí a los pacientes no se les dejaba sufrir. Esta parecía joven. Aunque estaba muy demacrada, no debía tener más allá de treinta años.

A Kent le repugnaba aquello, pero si él llevaba el traje de un muerto, Susan Lenny bien podía llevar el vestido de una enferma.

Se apoderó de las ropas que había en el armario y salió. Susan ya le esperaba.

—¿Las has birlado?

—Sí.

—Oye, ¿no serán las de una difunta, eh?

—No. Son las de una señora respetable que está durmiendo. Pero no el sueño eterno, sino el otro.

—De acuerdo; entonces me las pondré.

La chica se vistió rápidamente. Dominada por el nerviosismo de la situación, no se dio cuenta de que un hombre la estaba mirando. Y Kent, dominado por el nerviosismo de la situación y por una docena de cosas más que usted, amigo lector, se sabe de memoria, se hubiese estado quieto allí hasta que los de la piqueta municipal hubieran venido a derribar la clínica por vieja.

Ella murmuró:

—¿Aprobada?

—¡Sobresaliente!

—Caramba... También es la primera vez que te oigo esa palabra.

—Lo que hace falta es que no oigamos nuestro himno de réquiem.
Vamos.

Y salieron los dos.

Salieron hacia lo desconocido, hacia la muerte tal vez.

Hacia la aventura...

CAPÍTULO XIII

Aunque Kent Maggiore no conocía el edificio bien, su pensamiento era este: «Cuantas más escaleras baje, más cerca me encontraré de la salida».

—Elemental, querido Watson.

Lo que pasaba era que el doctor Foster debía haber pensado lo mismo. Y Kent y Susan llegaron a distinguir incluso el vestíbulo principal, pero en él vieron a dos hombres que paseaban de un lado a otro con las manos a la espalda. Seguro que eran esbirros pagados por Foster. Y debían ir armados, aunque no lo pareciera.

La muchacha bisbiseó:

—¿Qué te parece?

—Nos atraparían. O al menos te atraparían a ti. Por ágil que seas, no llegarías a la puerta.

—Pero... pero en ese vestíbulo hay también gente honrada, gente que no está de acuerdo con Foster... No se atreverán a disparar contra nosotros. ¡Sería absurdo...!

—No tanto. Foster puede haber dicho a su personal que dos enfermos trastornados intentan escaparse. Esos dos hombres irán armados con pistolas de las que disparan balas anestésicas. En un momento estaremos los dos sin sentido; patas arriba, y se nos llevarán adonde quieran. Como quien dice nos podrían liquidar ante los ojos de todo el mundo.

—¿Entonces qué hacemos?

—Buscar otra salida.

—¿Por dónde?

Kent reflexionó un instante.

—Tiene que haber un jardín y unas escaleras que den a él —dijo—. También tiene que haber unas escaleras de incendios. Las buscaremos.

—Yo sé dónde están esas escaleras de incendios.

—¿Dónde?

—Lo he descubierto por casualidad, cuando me llevaban al sector de traumatología. Se hallan a la izquierda del tercer piso, al final del pasillo, y me parece muy difícil que estén vigiladas.

—Vamos.

Pero cuando iniciaban la ascensión de nuevo, uno de los dos tipos del vestíbulo les vio.

Era raro que no los hubiese visto antes, porque se habían expuesto tal vez demasiado. Pero los distinguió de refilón, confusamente. Aunque no estaba seguro, dio un codazo a su compañero.

—Eh, tú, sigue vigilando. Me parece que los dos palomos están arriba. Voy a ver.

—¿Llevas las balas anestésicas?

—En cuanto les eche el ojo encima, les meto una entre las narices. Sobre todo a la chica. Quiero ver la cara que pone cuando quede patas arriba.

Y subió.

Kent se dio cuenta confusamente de que el tipo les seguía. Puesto que conocía la clínica mucho mejor que ellos, no tardaría en atraparles, por lo que tenían que despistarle cuanto antes.

Señaló a la muchacha una puerta.

—¡Aquí!

Entraron. Se trataba de una gran sala discretamente iluminada, y en la cual había dos divanes y una butaca. En cada diván, así como en la butaca, había un elegante caballero con las piernas cruzadas y un cigarrillo en la mano. Sobre una mesa central había un cenicero, dos paquetes de cigarrillos, un sobre de fósforos, tres vasos a medio llenar y una botella de *whisky*. Uno de los caballeros tenía una revista sobre las rodillas.

Susan gimió:

—Nos hemos metido en una sala de espera... ¡Y ya nos han visto!
¡Vamos!

Fue a salir. Y Kent se dispuso a imitarla a toda velocidad, porque en efecto se habían metido en el peor sitio imaginable.

Pero de pronto, cuando ya iba a abrir la puerta otra vez, sintió una especie de corriente helada en la espina dorsal.

Y musitó:

—¡Espera!

—¿Qué pasa?

—Estos... ¡estos no son gentes que está esperando!

—¿Pues qué son?

Kent tuvo que tragar saliva bruscamente antes de poder contestar:

—¡Son respetables difuntos...!

CAPÍTULO XIV

La muchacha sintió como si la clavarán en el suelo. Hasta los dientes se le helaron. Tuvo como una crispación y quedó medio colgada de la puerta.

—¿Quééééé...? —balbució.

—Son muertos.

En efecto, fijándose con un mínimo de detalle, uno se daba cuenta de aquella terrible verdad. Las posturas no eran normales, sino absolutamente rígidas. La leve sonrisa que aparecía en sus labios estaba crispada. Los cigarrillos que sostenían entre los dedos no estaban encendidos. Y sobre todo... ¡aquella inmovilidad! ¡Aquella espantosa quietud de sus bocas y de sus ojos!

Kent musitó:

—Supongo que estos están listos para la entrega.

—¿Para quééééé...?

—La entrega. De algún modo hay que llamarlo, ¿no? Los familiares vendrán de un momento a otro y verán a su difunto, así, en compañía de otros dos, como si estuvieran en una tertulia. Toda la sensación amarga de encontrarse con algo macabro desaparece, aunque, bien mirado... no sé realmente qué es peor. Claro que al menos tienen la sensación de que no han sufrido, y de que la muerte ha sido... ¡zaaaas...! como un leve soplo que los ha dejado quietos y nada más. Cada uno se lleva a su difunto y adiós.

—Pero están rígidos... ¿cómo los meten en el ataúd?

Kent musitó:

—Imagino que esa rigidez puede desaparecer por medio de alguna corriente eléctrica. Foster debe tenerlo previsto. Pero ahora tenemos algo más serio de que ocuparnos, muñeca.

Y señaló la puerta.

Los pasos de un hombre ya casi sonaban allí.

Hizo una seña a la muchacha para que se pegara a la pared y él se sentó en el diván, muy cerca de uno de los muertos, cruzando las piernas y tratando de mantener la mirada quieta mientras sonreía. Jamás había puesto tanta cara de idiota.

La puerta se abrió.

El gorila que entró no conocía a Kent Maggiore.

Esa era su desventaja.

Echó una ojeada, y su primera sensación fue la de que todos los «visitantes» eran difuntos. Fue a salir, y de pronto se detuvo. Una lucecita se acababa de encender en su cráneo. Fue a volverse.

Pero Kent no le dejó tiempo.

Otra vez su puño derecho salió disparado con una puntería fulminante. El cuello del enemigo pareció volverse al revés. Sus rodillas vacilaron, trató de sacar una pistola y de pronto toda su cabeza vibró.

Acababa de recibir un gancho fulminante del puño izquierdo de Kent. Este atizaba con las dos manos por igual. El tipo se dobló por completo y su cuerpo formó una especie de cero. Luego cayó estrepitosamente a tierra.

Susan había quedado oculta tras la puerta al abrirse esta. Cuando la puerta se cerró, volvió a quedar al descubierto. Desde su sitio, lo miró todo con ojos desencajados de horror.

—Señor profesor... —musitó—. No sabía que pegara de esa manera.

Kent se miró los puños.

—Yo tampoco —dijo—. Debo estar muy asustado. Creo que lo que me da fuerza es el miedo.

Susan retiró lentamente las manos de su boca.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —susurró.

—Creo que lo más importante es desembarazarse de ese tipo. No tardará en recuperarse.

—¿Pero cómo nos deshacemos de él?

Kent examinó la situación y al fin decidió que lo mejor era colocar a aquel tipo con los muertos. No tendría el mismo aspecto que ellos, pero de momento tal vez pasara desapercibido.

Lo sentó en el diván, donde él había estado antes, y luego se dirigió a la puerta. El gorila tenía la cabeza apoyada en el respaldo del diván y la boca muy abierta. Por lo demás, podía parecer un cadáver como los otros.

Pero ni Kent ni Susan llegaron a la puerta. En aquel momento esta se abrió.

Los dos tuvieron el tiempo justo para colocarse pegados al panel de pared que había de quedar tapado por la hoja de madera al abrirse.

Dos mujeres de mediana edad, que Kent conocía ya bien, entraron en la sala. Arrastraban los pies y tenían aspecto de cansadas. Ahora no llevaban los bicheros, pero por lo demás eran las mismas que sacaban los cadáveres del depósito de formol.

Sus ropas aún despedían un olor penetrante.

Miraron a los muertos y las dos hicieron el mismo gesto, llevando extrañadas sus derechas a la mandíbula.

—Oye, tú...

—¿Qué estás pensando?

—Aquí veo un muerto que no hemos «arreglado» nosotras.

—Sí, chica. Es una lata. Hoy llevamos un día extraño. No hacemos más que ver muertos que no tenían por qué estar en la clínica.

—¿Y este? ¿Quién es?

—No lo había visto nunca.

—Además está muy mal preparado. Mira cómo abre la boca.

—Es que las maquilladoras no saben hacer nada. Las de antes sí que eran unas auténticas profesionales. Las de ahora son unas *amateurs* imbéciles que solo piensan en ir con el novio.

—Bueno, el caso es que nos han dicho que aquí había un muerto que no estaba del todo bien arreglado. Tiene que ser ese.

—Hala, fuera con él.

Lo sujetaron por las piernas y lo hicieron caer del diván. El otro totalmente «K.O.», no movió ni un dedo. Daba enteramente la sensación de estar muerto.

—Este no ha pasado por el baño de formol —dijo una de las dos mujeres.

—Pues entonces, ¿cómo está aquí?

—¿Y yo qué sé? Las novatas que hay ahora cada día son más descuidadas. Los dejan en cualquier sitio.

Y entonces Kent se dio cuenta, con sorpresa y con horror al mismo tiempo, de que al fondo de la habitación había otras dos puertas inclinadas que sin duda daban a una rampa similar a aquella por la que había caído antes él.

Destino: el depósito de aldehído fórmico.

Las dos mujeres introdujeron el exánime cuerpo en la rampa.

¡Abajo!

Kent no se atrevió ni a chistar porque lo hubiera echado todo a perder caso de mover un solo dedo. Pero rechinaron sus dientes al oír el roce siniestro del cuerpo en la rampa.

Dentro de unos segundos sería un cadáver más.

Las dos mujeres se frotaron las manos.

—Bueno —dijo una de ellas—. ¡Y ahora a ver si nos dejan en paz! ¡Nos hacen servir para todo!

Salieron.

Cuando se encontraron solos otra vez, Kent lanzó un suspiro de cansancio y a la muchacha poco le faltó para que se le doblaran las rodillas y cayera redonda a tierra.

—Sobre todo no te caigas —balbució Kent—. Ya ves lo que pasa aquí en cuanto uno se tumba en el suelo...

Susan musitó:

—¿A qué muerto se referían? ¿Cuál es el que no está bien «arreglado»?

Kent señaló a uno cuya corbata no estaba bien anudada, dejando ver en el enflaquecido cuello una fea cicatriz, producto de una reciente operación.

—Seguro que era ese, pero ellas solo se han fijado en el sicario del doctor Foster. Lo malo será que dentro de un par de horas lo tendrás sentado aquí como si tal cosa. Ese par de individuos no perdonan ni a su padre.

—¿Crees que habrá muerto ya?

—Abajo hay un depósito de formol de enormes dimensiones. Seguro que al caer a él estando sin sentido, se habrá ahogado en unos instantes. Lo peor es que lo mismo nos puede suceder a nosotros si nos atizan un golpe y quedamos sin conocimiento.

Ella se colgó de su brazo. Parecía empezar a sentir vértigo. Daba la sensación de que iba a caer de un momento a otro.

—Por favor, Kent, salgamos de aquí. No puedo más...

—Yo tampoco. No puedo soportar ver esos cigarrillos en manos de los muertos. Tengo la sensación de que van a pedir fuego de un momento a otro.

Abrió la puerta y oteó el pasillo.

—¿Me da fuego?

Kent se sobresaltó. El tipo que le hablaba casi había tropezado con él. Era un hombre alto, vestido con una bata como la suya. Llevaba un cigarrillo en los labios.

—Con... con mucho gusto.

Pero como las ropas no eran suyas, Kent no sabía dónde el difunto doctor guardaba las cerillas. Se puso a buscarlas por todos los bolsillos hasta que el otro le indicó:

—Le asoman por el bolsillo superior de la bata.

—Ah... Per... perdone.

El médico prendió lumbre al cigarrillo y luego miró con curiosidad a Kent.

—¿De qué sección es usted, doctor?

—Soy nuevo.

—¿Pero con quién trabaja?

—Directamente con el doctor Foster.

—Ah, bien... Pues le aconsejo que vaya con cuidado. Al jefe no le gusta que se pierda el tiempo en las secciones de los muertos.

Y se alejó.

Kent había quedado sin respiración.

Preguntó en voz baja, sin que el otro le oyera:

—¿Es que aquí hay alguna sección que no sea de muertos, muchacho?

E hizo una seña a Susan Lenny para que saliera.

Los dos se encontraron de nuevo en el pasillo solitario. Ahora no tenían más remedio que aprovechar hasta las décimas de segundo y llegar cuanto antes a la escalera de incendios.

—¿Dónde has dicho que estaba?

—Creo que a la izquierda.

—Pues vamos aprisa. Pero camina con naturalidad. Si alguien se cruza con nosotros le saludaremos. Nada de crispaciones ni de gestos violentos. Como si estuviéramos en nuestra casa.

—Eso es lo peor —musitó Susan—. Que esta puede ser nuestra casa...

para siempre.

Se cruzaron con una enfermera que miró con curiosidad a la muchacha. Esta sonrió.

—Buenos días.

La enfermera miró a Kent, fijándose detalladamente en su bata blanca.

—Doctor, ¿esta señorita es una paciente? ¿A dónde la lleva?

—Es una periodista. Quiero que vea la sección de bombas de cobalto.

—¿Una periodista—. ¿Ya lo sabe el doctor Foster?

—Por supuesto que sí —dijo Susan con la mejor de sus sonrisas—. Él me citó a esta hora.

—Ah, claro... Perdonen.

La enfermera se alejó.

Pero los dos adivinaron que no había quedado demasiado convencida.

Ahora preguntaría a Foster, y este sabría quiénes eran los intrusos. Y peor: sabría en qué sección de la clínica estaban.

—Susan... ¿dónde cuerno están las escaleras de incendios? Ya teníamos que haberlas encontrado hace media hora...

—Quizá esté confundida. Puede que sea en el otro piso.

—¡Pues sí que estamos listos!

En aquel momento oyeron pasos precipitados en la escalera. Alguien subía a toda prisa.

Susan murmuró:

—¡Vienen a por nosotros!

—¡Pronto! ¡Esa puerta!

La atravesaron los dos. Y en aquel momento Susan Lenny se llevó las manos a la boca, mientras ahogaba un grito de horror.

CAPÍTULO XV

La habitación era una de tantas. Diríase que todas las de la clínica estaban cortadas por el mismo patrón. Una cama metálica, un armario, un diván, dos butacas, dos sillas, una mesa, un florero... Todo de calidad, todo agradable, todo caro. Pero el hombre y la mujer habían visto aquella habitación repetida tantas veces que ya no se fijaron en ella.

Se fijaron, en cambio, en el hombre que yacía en el lecho. Llevaba el pijama reglamentario en la clínica, y todos los detalles indicaban que se trataba de un paciente. Mejor dicho, «lo había sido». Porque ahora ya estaba muerto.

Susan contuvo de nuevo un gemido de horror.

Kent musitó:

—¿Qué te pasa?

—Ese hombre...

—¿Lo habías visto antes?

—Sí. Estaba en otra de las habitaciones. Fue uno de los que me extrañó que... que se encontrara en la sección femenina.

—Hay otras cosas más extrañas —dijo pensativamente Kent—. Por ejemplo, su aspecto tan saludable. Tiene buen color, incluso, después de morir. A este hombre es imposible que lo hayan traído aquí como un caso incurable.

—Me han explicado que no son solo casos de cáncer —musitó Susan—. También casos de tumores y otros que afectan menos al aspecto general. Pero estoy pensando lo mismo que tú. Es imposible que este hombre fuera un caso desesperado hace horas. Es imposible incluso que estuviera enfermo.

—Lo han matado —susurró Kent Maggiore—. Pueden haberle matado con una inyección. Fíjate en su expresión tranquila. Ni se ha dado cuenta.

Susan Lenny se había apoyado en el borde de una silla. Parecía vacilar. Casi no respiraba.

—Pero no lo entiendo... —musitó—. ¿Por qué han tenido que llegar estos hombres aquí? ¿Y por qué han muerto? ¿«¿Por qué?»?

El joven se sujetó la barbilla con ambas manos, mientras reflexionaba febrilmente.

—Creo que lo sé —murmuró.

—¿Qué sabes?

—Hasta ahora han muerto solo dos —dijo enigmáticamente—. Pero la cuenta no ha hecho más que empezar.

—No te entiendo, Kent. ¿Qué tratas de explicar?

Él dijo con un soplo de voz:

—Tienen que morir cinco.

—¿Pero por qué?

—Por una razón bien sencilla, muchacha. Por la razón más sencilla del mundo: Por una auténtica montaña de dólares...

CAPÍTULO XVI

Susan continuaba mirando el cadáver como hipnotizada. Los dos habían cerrado la puerta. Se sentían protegidos allí, en la soledad de la habitación, aun sabiendo que debían estar buscándolos por toda la clínica.

Fue la muchacha la que susurró:

—Kent, ¿quieres explicarte mejor? ¿Qué significa lo de esa montaña de dólares?

—He estado pensando y ligando cabos. Verás. Cuando llegábamos hacia esta zona en mi coche, yo conecté un momento la radio. Supongo que te acordarás. Oímos diversas informaciones sin interés, pero una nos llamó la atención. Cinco hombres acababan de asaltar una sucursal del First National Bank en Omaha. En el tiroteo, un policía había sido muerto.

—Sí. Lo recuerdo.

—Pues bien, es evidente que ese asalto tiene algo que ver con lo que está ocurriendo en esta clínica. Es evidente que fue organizado en colaboración con el doctor Foster.

Ella cerró un momento los ojos. E hizo un gesto negativo, como si quisiera arrancar de su cabeza alguna idea aturdidora.

—Kent —musitó—, estás desvariando. El doctor Foster ha sido considerado hasta ahora como una persona respetable.

—Y yo me hubiera guardado de afirmar lo contrario hasta esta mañana —musitó él—. Pero ahora pienso que también miles de asesinos han sido personas respetables hasta que el jurado los ha puesto en manos del verdugo.

—Sigues desvariando. Foster no necesita aliarse con unos atracadores. Foster es un hombre rico.

—Tal vez lo sea. Esta clínica vale mucho dinero, desde luego. Y no creo que el hospedaje aquí sea gratuito ni mucho menos. Otro hombre, con este negocio, estaría podrido de dinero. Pero tal vez Foster sea un jugador empedernido. Tal vez tenga una serie de líos de faldas de esos de categoría, de los que dejan arruinado a un subsecretario del Tesoro. Tal vez haya necesitado dinero con urgencia para tapar un agujero de muchos miles de dólares. A lo que más temen los hombres como Foster es al escándalo. Son capaces de cualquier cosa, hasta de matar, con tal de seguir siendo unas personas ricas y «respetables». Con tal de evitar que la gente les señale con el dedo.

—En eso tal vez tengas razón, Kent. He conocido a bastantes personas así especialmente a personas de las llamadas «de posición». Pero lo demás no lo entiendo.

—Verás... Foster nunca tuvo tan fácil el cometer una cadena de

crímenes. Le ponían en sus manos las dos cosas que un asesino desea: el dinero y la impunidad.

—¿De qué modo?

—Imagina que cinco hombres están planeando un atraco a un banco. Lo programan todo hasta en sus menores detalles. Imagina que Foster se entera. Pudo enterarse, por ejemplo, a través de un paciente, de alguien que estuviera enterado de todo o de casi todo. No olvides que los moribundos deliran. Foster pudo «cazar la onda» quizá por casualidad. Para él fue bastante de momento. Dominado por la necesidad de obtener dinero a lo grande, de cubrir las enormes deudas que había ido contrayendo, decidió seguir el hilo. Supongo que fue él quien se entrevistó con los atracadores, quien los visitó en su cubil.

—¿Y qué? ¿Para qué necesitaban los atracadores a un tipo como él? Pudieron echarlo por la ventana, o tal vez liquidarlo...

—No podían arriesgarse a eso porque Foster era un tipo demasiado conocido. Una vez localizados, no tenían más remedio que pactar con él. Pero además Foster les ofrecía lo que los atracadores más estaban deseando: un sitio seguro para refugiarse después del golpe.

Susan Lenny iba comprendiendo.

Asintió con una leve cabezada, mientras sus ojos se llenaban de una turbia expresión de asombro.

—Sigue —musitó.

—Nunca he hecho un atraco —musitó Kent—, pero imagino que esos hombres debían tener la dificultad que siempre se tiene en esos casos: el escondite después del golpe. Cuando se produce un atraco así, la policía criba hasta los últimos rincones. Es materialmente imposible pasar de un estado a otro, y menos huir del país. Los delincuentes se sienten prisioneros del botín. No saben dónde esconderlo ni dónde esconderse. Claro que esos hombres ya debían tener programado algo, pero cualquier cosa que hubieran pensado no era tan buena, ni de lejos, como la que les ofrecía Foster.

—¿Traerlos aquí?

—Efectivamente, traerlos aquí. El sistema, además, debía ser sencillo: alquilar una furgoneta, pintarla como si fuera de una empresa de pompas fúnebres y meterse con ella en la clínica. De modo que los salteadores, después de huir del banco en coche, cambiaron luego en el sitio donde tenían oculta la furgoneta. Vinieron aquí con el botín. Todo tenía el aspecto de uno de tantos «servicios» de la empresa de pompas fúnebres. Pero esta vez el doctor Foster y dos o tres ayudantes que había elegido para el caso, recibieron el «envío». No era un ataúd, sino cinco hombres. Los cinco fueron llevados a la sección femenina, seguramente porque era la más vacía. Y porque si la policía llegaba a buscar aquí a cinco hombres, no los buscaría en la sección de mujeres precisamente.

—Lo entiendo. ¿Pero y las enfermeras? ¿No se extrañarían de la aparición de cinco hombres con un aspecto tan saludable?

Kent asintió.

—Imagino que sí, pero en todo caso Foster debió tener un tiempo para prepararlas. Pudo decirles que iba a hacer un ensayo, o bien que se encontraba ante un caso de envenenamiento colectivo. No olvides que en esta clínica no solo entran cancerosos: también llegan accidentados que ya no tienen salvación, enfermos cardíacos, víctimas de tumores, envenenados irreversibles...

—Entiendo.

—Debo decir que los situaría en la sección femenina, porque esta era la más tranquila, y porque necesitaban un tratamiento conjunto. Acostumbradas a confiar en el doctor Foster, ninguna de las enfermeras debió sospechar lo más mínimo.

La muchacha asintió con otra lenta cabezada, mientras sus ojos seguían ensombreciéndose.

Kent siguió:

—Una vez aquí, los pistoleros se sintieron seguros. Era el último sitio del mundo donde los buscarían. Cuando la policía agotara todas las pistas y dejara el caso medio archivado, ellos saldrían. Podían hacerlo con toda seguridad. Por ejemplo, siendo despachados en cinco ataúdes. Dejarían a los polizontes con un palmo de narices.

—Bien, pero a todo esto, ¿qué debía ganar Foster?

—Supongo que les pidió una parte del botín. Una parte modesta, para que picaran el cebo más fácilmente. Pero su verdadera intención era eliminarlos uno a uno mientras los tuviera en la clínica. Como estaban aislados, ni se darían cuenta. Y una vez Foster los hubiera liquidado, toda aquella inmensa montaña de dólares sería suya...

La muchacha asintió débilmente.

Había comprendido del todo.

Ahora se había dado cuenta del plan de Foster y de por qué estaban sucediendo allí tantas cosas que de otro modo no hubieran tenido sentido.

Solo quedaba una duda.

—Pero, y luego, ¿cómo se desharía de los cinco cadáveres? —musitó.

—Eso era lo más sencillo. Foster firma al menos tres certificados de defunción diarios. Nadie iba a extrañarse por cinco certificados más, escalonados a lo largo de dos o tres días. La muerte de los atracadores iba a ser «legal», aunque seguramente los certificados tendrían nombres falsos. Luego haría que los cuerpos fueran transportados normalmente por una agencia de pompas fúnebres... «y quemados». ¿Quién piensas que iba a descubrir luego el menor rastro? ¿Quién reclamaría?

La muchacha se tapó un momento los ojos.

Estaba aterrada.

Se daba cuenta de que si Foster había decidido matar a cinco hombres —de los cuales dos ya estaban en el Más Allá— no se detendría por un par de fiambres más. Y esos fiambres iban a ser ellos. No dejaría que tuviesen escapatoria.

En aquel momento oyeron nuevas pisadas que se acercaban por el pasillo.

Parecían dirigirse hacia la puerta.

Kent se dio cuenta de que el momento había llegado. Las pisadas se detuvieron.

Justo al otro lado de la hoja de madera...

CAPÍTULO XVII

No tenían más que un lugar donde esconderse, y Kent tomó la decisión con rapidez. Tomó a la muchacha de la mano y la empujó materialmente debajo de la cama. Él la siguió en fracciones de segundos, mientras el pomo de la puerta ya giraba. Casi quedaron uno encima de otro, conteniendo la respiración.

La cama se abombaba levemente encima de sus cabezas.

Era el bulto que formaba el muerto.

Y la cosa resultaba tan siniestra que ninguno de los dos pensó en la proximidad de sus cuerpos. A ninguno se le ocurrió pensar que estaban muy cerca uno del otro y en que resultaba hermoso vivir.

Solo pensaron que resultaba terrible morir...

Una voz dijo:

—Este es el cadáver. Pobre hombre... No creí que la intoxicación fuera tan fulminante. No ha habido modo de atajarla.

Los dos que estaban debajo de la cama parpadearon a la vez.

La voz que acababan de escuchar era la del doctor Foster.

Este siguió:

—A los otros tres los vigilaré personalmente yo. Confío en poder salvarlos, aunque mi impresión es bastante negativa.

—¿Pero qué comieron? —preguntó alguien.

—Comer, nada especial —dijo Foster—. Yo pienso que bebieron. Por lo que he podido saber, son algo así como cinco granujas. Corredores de apuestas, jugadores de ventaja y todo eso. Parece, por lo que me ha contado uno de ellos, que se reunieron en un sótano de una casa medio derruida, para repartirse los impresos de unas apuestas ilegales que habían organizado. Uno de ellos descubrió entre los cascotes una viejísima botella de vino. O le pareció que era vino. Parece que la destaparon y se la bebieron. Una hora después, los cinco entraban aquí con graves síntomas de envenenamiento.

La misma voz murmuró:

—Pues los otros no tienen mal aspecto.

—Eso me hace sentir confianza —susurró Foster—, pero de todos modos esas cosas engañan. ¡Si al menos hubiera podido analizar el contenido de la botella! Pero me han explicado que uno de ellos la arrojó a una alcantarilla. A estas horas ya debe estar flotando por el río Missouri.

—¿Y cómo han venido aquí? Esta clínica es cara...

Se oyó la risita de Foster.

—Amigo mío, usted es un doctor joven e inexperto. Se ve que está lleno de ilusiones y cree que la medicina le va a dar dinero en grande. Puede

que sí, pero no confíe demasiado. Y en todo caso siempre ganará menos que un corredor ilegal de apuestas. Estos cinco hombres estaban podridos de dinero. Al entrar aquí, uno de ellos me anticipó una buena cantidad para los gastos. Y eligieron mi clínica porque sabían que aquí estamos especializados en casos sin salida. Pero, basta de hablar... Hay que sacar al muerto de aquí. Ya tengo el certificado de defunción y todo en regla. He hablado telefónicamente con sus parientes y me han dicho que quememos los cadáveres.

—De acuerdo, doctor Foster. Los camilleros ya están aquí. A este muerto no hará falta maquillarlo, ¿verdad?

—¿Para qué? Después de todo va a ir al horno crematorio.

Se notó una sacudida en la cama. El muerto fue izado.

Kent y Susan volvieron a contener la respiración.

Se oyó el chirrido de las ruedas de una camilla.

Y la puerta se cerró.

Pero antes sonó la voz del doctor Foster:

—Eh... Cambien todo lo de esa habitación. Quemen el colchón y las ropas...

* * *

Kent dio un leve codazo a la muchacha.

—Susan...

—Sí, ya lo he entendido. Hemos de salir de aquí a ciento por hora.

—A doscientos, si puede ser. En cuanto levanten el colchón, nos van a descubrir. Y no creo que tarden demasiado en hacerlo.

Fue él quien primero salió.

Después de ser sacado el muerto, la habitación parecía espantosamente vacía.

Era un fenómeno que ya había observado Kent otras veces. No hay nada que se note tanto como la ausencia de los cadáveres. Los muertos «llenan» las habitaciones mucho más que los vivos.

—Salgamos de aquí.

Kent oteó el pasillo de nuevo.

De momento parecía haber suerte.

Les debían estar buscando por toda la clínica, pero como no convenía llamar la atención, Foster tenía que hacerlo todo con una extremada prudencia.

Eso explicaba que hubiera amplios sectores del edificio completamente incontrolados durante ciertos períodos de tiempo.

—Vamos...

Avanzaron poco a poco y con naturalidad. Pero Susan Lenny debía estar confundida, porque no aparecían por ninguna parte las escaleras de incendios. Ella señaló arriba.

—Tal vez están en el piso superior...

—No hay más remedio que probarlo.

Unas escaleras algo más estrechas llevaban al último piso de la clínica. Los dos subieron por ellas. Se encontraron en un vestíbulo circular en el que se abrían seis puertas.

Aquella sección era más pequeña que las otras. Kent ignoraba por completo lo que podía encontrar allí.

La muchacha señaló las puertas.

—Seguro que detrás de una de ellas hay un pasillo. Yo debí verla abierta, y por eso me he confundido. Pero recuerdo bien esta sala circular. Sí. Seguro que es detrás de una de esas puertas.

—Muy bien, pero ¿de cuál?

—Eso no lo sé.

—Tendremos que probar —musitó Kent—. A ver, decide tú. Quizá lo recuerdes en parte...

Ella vaciló.

Estaba tan nerviosa como cuando le preguntaban en clase.

Y eso hizo que Kent Maggiore temiera lo peor.

Pero al fin Susan Lenny señaló con mucha decisión la puerta que más o menos ocupaba el centro.

—Esa era —musitó.

—¿Seguro?

—Sí. Seguro. Tan seguro como que Jefferson fue el presidente de la guerra con los españoles.

—Pues vamos bien, nena. Porque el presidente de la guerra con los españoles fue el presidente Mac Kinley.

Ella se mordió el labio inferior.

—Bueno, tal vez me equivoque en esas tonterías de Historia. ¿Qué más da un presidente que otro? Pero en lo de las puertas no me equivoco. Tengo un golpe de vista tremendo.

Kent musitó:

—Confío en ti...

Y empujó la puerta que Susan le había indicado.

Pero al instante se dio cuenta de que uno no debe confiar en las mujeres.

Y en las que son como Susan, mucho menos aún.

Porque apenas había puesto los pies en el umbral cuando una voz queda y burlona susurró:

—Estupendo. Usted mismo ha entrado en la ratonera, amigo...

CAPÍTULO XVIII

En la habitación, que era muy parecida a las otras, había dos hombres, o mejor dicho tres. Pero, la verdad, el tercero contaba muy poco.

En una rápida sucesión de imágenes —unas imágenes brutales que parecían golpearle el rostro—. Kent Maggiore se dio cuenta de la situación. Y se dio cuenta también —eso era lo peor— que no tenía salida.

En la cama había un hombre sin sentido. Era joven, fuerte. Sin duda se trataba de otro de los asaltantes del banco, que habían entrado allí buscando refugio sin saber que se metía de cabeza en el matadero.

Junto a él, de pie, se hallaba el doctor Foster, siempre impecable en su perfecta bata blanca.

Administraba una inyección al paciente, que ya había perdido el sentido.

La inyección de la muerte.

Ya no se recuperaría más. Estaba en la antesala del horno crematorio.

Por lo tanto el doctor Foster no preocupó demasiado a Kent, ya que no podía atacarle. Pero el tercer hombre sí que le fastidió. El tercer hombre empuñaba un petardo parecido a los cañones del acorazado *Iowa*. Posiblemente era la misma pistola del atracador. Una «Luger» bestial que casi no le cabía en la mano derecha.

Fue ese hombre el que indicó:

—Hala, entra.

Kent vaciló un momento.

Por su parte aún hubiera intentado algo desesperado, lanzándose, por ejemplo, hacia atrás en una vuelta de campana invertida. Pero se dio cuenta de que Susan Lenny estaba en la línea de tiro y eso le frenó. A aquel tipo le bastaría un leve movimiento de su índice para liquidar a la muchacha.

Además no tendría inconveniente en hacer fuego, porque la pistola llevaba silenciador. Nadie se enteraría.

Foster insistió:

—¿A qué esperan para entrar, amigos? ¿Qué pasa? ¿No buscaban tratamiento médico? Pues van a tenerlo...

Los dos pasaron.

Foster terminó de aplicar la inyección, dejó la jeringuilla en uno de sus bolsillos —para destruirla luego, seguramente, porque no querría que pudiese ser analizada— y se frotó las manos satisfecho, antes de cerrar la puerta.

Kent sentía unas gotitas de sudor helado en las comisuras de sus labios. Estaban perdidos.

Pero de todos modos susurró con voz tranquila:

—Ese es el tercero, ¿no? Muerto sin darse cuenta. Asesinado a sangre fría con una simple aguja hipodérmica. Ahora ya solo quedan dos, ¿verdad, doctor Foster? ¿Cuándo morirán? ¿Tal vez hoy mismo? ¿O los dejará para mañana, a fin de no «cargar» demasiado una sola jornada?

—Posiblemente los deje para mañana —contestó Foster, que al fin parecía de un excelente humor—. La lástima es que ustedes dos ya no lo verán. Ya se habrán adelantado un poco y ya estarán esperando a los muertos en el infierno. Con los brazos abiertos, supongo.

—No le será tan fácil matarnos, Foster.

—¿No? ¿De verdad creen que no?

—Nosotros entramos después de un accidente a consecuencia del cual ya hay un parte en la policía. El conductor del autobús, mi compañía de seguros... Todos habrán hecho un informe. Y los empleados municipales que se llevaron la chatarra de mi automóvil, también lo habría hecho. Media ciudad sabe que estamos aquí.

—No lo dudo.

—¿Y aún cree que va a ser fácil matarnos? ¿Está loco, Foster? ¿Qué se ha creído?

Foster envió al aire una risita opaca y lenta.

—No creo nada... Yo solo vivo de realidades, amigos, aunque esas realidades sean sórdidas. Media ciudad sabe que está aquí, pero esa media ciudad sabe también que entraron a causa de un accidente en el que no ha habido ningún diagnóstico médico. El informe *post mortem* puedo realizarlo yo como me plazca. Ningún médico les ha visto, excepto yo. ¿Y qué me cuesta inventar unas heridas mortales de necesidad? Claro que tal vez la policía pidiera la autopsia... Ese es un problema, y por tanto me inclino por otra solución. Un accidente. Sí, eso es. Un accidente. Algo horrible, inevitable... No sabe cuánto lo siento. Les doy por adelantado mi más sincero pésame.

Kent sintió que las gotitas de sudor en las comisuras de sus labios se habían hecho más densas.

No lo sentía por él, sino por la muchacha.

Pero aún susurró:

—La policía investigará. Todos los accidentes hacen que, reglamentariamente, se abra una información.

—Claro que sí... Y se abrirá. Pero yo prepararé las respuestas. No hay cuidado. ¿Quién va a sospechar del doctor Foster, que durante tantos años ha ejercido su profesión sin ninguna mancha?

—Pero esos pistoleros muertos...

—Esos pistoleros muertos «no existen». La policía los busca por todo el país y los seguirá buscando durante años y años, hasta convencerse de que han desaparecido. Mientras tanto, habrán sido quemados con nombre

supuesto y sus cenizas aventadas. Ninguna pista, ninguna huella... Solo unos certificados de defunción archivados y apolillados y una orden telefónica a la funeraria, que habrá dado un subordinado mío, fingiendo ser pariente de los difuntos, y que al cabo de tres semanas nadie recordará ya... Los gastos de la cremación y transporte los abonaré yo mismo diciendo que ese pariente me entregó el dinero. Muchas veces lo he hecho así, porque bastantes personas no quieren ocuparse de ningún detalle del entierro de sus familiares. Me pagan a mí y en paz... Quiero decir que nadie se extrañará. En cuanto a ustedes dos... no teman por mi seguridad, porque ya me ocuparé de tener una buena coartada. Y ahora ¡largo de aquí! ¡Fuera...!

Hizo una señal al de la «Luger».

Este entendió lo que se quería de él.

Sin dejar de encañonarlos, abrió la puerta y oteó el vestíbulo.

Nadie se movía por aquella sección, que debía ser una de las más reservadas de la casa.

Les hizo una seña para que salieran.

Obedecieron.

Foster cargó la jeringuilla con el contenido de una pequeña ampollita que guardaba en uno de sus bolsillos, interiores y luego la depositó, como antes, en el bolsillo superior de su bata. La aguja hipodérmica sobresalía ligeramente, pero no significaba ningún peligro para Foster.

El de la pistola abrió otra puerta.

Y allí sí que empezaba un pasillo.

Pero estaba en el lado opuesto del señalado por Susan Lenny.

Esta musitó:

—Lo siento, Kent... Pudimos haber huido y yo lo he estropeado todo. Yo... yo soy la responsable.

—No te preocupes. Ya no hay que preocuparse de nada, muchacha.

—Estaba tan segura de que era esa puerta como de que Grant mandaba los ejércitos del Sur cuando estos se rindieron a Lee en Appomattox.

Kent tragó saliva.

—Mira, nena, el que se rindió no fue Grant, sino Lee. Y Grant no mandaba los ejércitos del Sur, sino los del Norte.

—¡Atiza!

—Pero, en fin, supongo que allí adónde vamos nadie nos va a «examinar».

Foster rio silenciosamente.

—Cierto, allí adónde vais todo el mundo es igual... Allí donde vais, el mismo lugar ocupan los que tienen memoria y los que no la tienen. Seguid pasillo adelante. Al final están las escaleras de incendios.

Susan balbució:

—¡Dios santo! ¡Soy idiota, idiota perdida...! ¡Debería morir yo sola!

Kent le pasó suavemente la mano por los hombros, mientras avanzaban los dos, encañonados por la «Luger».

Otra puerta pintada de distinto color indicaba al final:

«Emergency Exit».

Les hicieron atravesarla. Allí se iniciaban unas escaleras de metal con piso de goma, que ahogaba cualquier estrépito. Al descender los cuatro, no se notó nada.

Kent intentaba, desesperadamente, buscar una salida.

Allí era imposible, porque las escaleras interiores formaban como un tubo en el que no podría esquivar los disparos. Y, aunque él escapase, gracias a su agilidad, no haría lo mismo la muchacha.

Se preguntó si querrían sacarlos al jardín.

Eso era absurdo, porque allí no podrían acabar con ellos. Pero al mismo tiempo pensaba que las escaleras de incendios tenían que dar por fuerza a algún lugar exterior. Eso era lo único que alimentaba sus esperanzas.

Pronto las esperanzas se desvanecieron.

Dejaron a la izquierda una puerta que indicaba: «Street Exit», o sea, salida a la calle. Pero ellos continuaron descendiendo. Había un sótano allí. Un sótano en el que ni Kent ni Susan habían soñado entrar nunca.

La puerta era de hierro.

No tenía ninguna inscripción.

El de la «Luger», que era el que cerraba la comitiva, preguntó:

—¿Tiene la llave, Foster?

—Sí.

—Abra. Yo vigilaré hasta el final. Seré el último en entrar, ¿comprende?

—De acuerdo. Pero vete con cuidado. Al menor movimiento sospechoso... ¡dispara!

El otro rio, quedamente.

—¿Qué cree que me gustaría hacer? Lástima no poder acabar por las buenas con esos dos desgraciados...

Foster no respondió.

Abrió la puerta, que chirrió sobre sus goznes quejumbrosamente, como si llevara mucho tiempo sin ser movida.

—Adelante...

Los dos entraron. Los dos se detuvieron poco más allá del umbral, alucinados, mientras eran envueltos por aquella especie de vaharada fétida.

La muchacha se llevó ambas manos a la boca. Y fue ella la que trató de saltar hacia atrás mientras lanzaba un corto, un angustioso grito de horror.

CAPÍTULO XIX

La «Luger» la empujó brutalmente hacia delante. Con los ojos desencajados, Susan Lenny no tuvo más remedio que asistir a aquel alucinante espectáculo del que muchas veces había oído hablar, pero que nunca creyó tuvieran que contemplar sus ojos.

En realidad lo que había dentro de aquella habitación de paredes de acero no tenía nada de particular para un científico experimentado. Pero resultaba alucinante para una muchacha normal como Susan.

Un gran depósito circular, de poco más de un metro de alto, ocupaba el centro de la habitación. En realidad allí no había nada más. El depósito estaba lleno hasta los bordes de alcohol mezclado con algunas sustancias balsámicas. Ese era el origen del penetrante olor que habían captado al entrar allí, y que lo impregnaba todo. Pero el olor no procedía solo del alcohol y la sustancia balsámica, que ya debían llevar allí mucho tiempo. Procedía también de lo que flotaba en aquel horrible líquido.

Los ojos desencajados de Susan vieron vísceras humanas, cabezas de hombre y de mujer, troncos y piernas... ¡hasta algún pecho! Todo flotaba en aquella especie de mar infernal, repulsivo, hediondo, inolvidable, mil veces maldito.

La muchacha se había mordido salvajemente, sin darse cuenta, los dedos metido dentro de su boca.

Foster murmuró:

—¿Por qué tanto miedo? ¿Por qué tanta extrañeza? En muchas clínicas experimentales como la mía hay secciones así. Yo investigo. Yo necesito material humano para mis experimentos...

Kent barbotó:

—¿Qué clase de... malditos experimentos?

—Rígurosamente científicos. Nadie puede acusarme de eso, sino al contrario. Como aquí mueren personas cuyos parientes me dejan el cadáver, investigo sobre los tejidos cancerosos, o inmorales... Los restos se conservan aquí durante semanas, y los saco cuando me conviene. Pero ahora voy algo retrasado de trabajo... Las «existencias» se me amontonan.

Susan, haciendo un esfuerzo angustioso para hablar, balbució:

—No querrá... ahogarnos ahí.

—No, aunque me gustaría. Sería hermoso poder hundir vuestras cabezas en ese líquido y ver cómo lo tragáis, cómo os llena, cómo morís lentamente de asco y de horror... Pero mientras os sujetaba la cabeza bajo el líquido perdería demasiado tiempo. Además el sistema requiere demasiado esfuerzo. Sería peligroso... Tengo una idea mejor. Tengo una idea mucho más... brillante —y aulló de pronto, con las facciones

congestionadas—: ¡De pie dentro del depósito! ¡Vamos! ¡De pie...!

Ninguno de los dos se movió.

Aquella situación parecía hipnotizarlos.

Foster susurró, burlonamente, cambiando del todo el volumen de su voz:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no entráis ahí? El depósito tiene muy poco fondo. No vais a ahogaros...

La muchacha estaba a punto de desmayarse.

Le parecía que aquellos restos humanos flotando en el alcohol, o hundidos en él según su densidad, flotaban lentamente dentro de sus ojos, dentro de su cráneo.

Bisbiseó con voz de alucinada:

—¿Qué crees que va a hacer, Kent...?

—Es muy sencillo. No creo que... no creo que suframos.

—¿Pero qué... qué... hará?

—Cuando estemos dentro, con los pies en el líquido, lanzará un fósforo encendido al depósito. Todo se inflamará en cuestión de segundos. Y nosotros... Bueno... Nosotros...

No hacía falta decir más.

No hacía falta seguir hablando.

Susan Lenny sintió que sus piernas vacilaban.

Kent tuvo que sostenerla.

Se daba cuenta de que habían de morir así o habían de morir de un balazo. Lo mismo daba. Tal vez el fuego, aunque a primera vista pareciese lo contrario, les hiciera sufrir menos. Resultaba horrible pensar que los hirieran con una bala en las piernas y luego, estando vivos, los echaran de cabeza a... a...

No quiso ni pensarlo.

Su corazón parecía haberse paralizado.

No quería ni respirar.

Avanzó un paso hacia el depósito fatídico.

Abrazaba estrechamente a Susan, tapándole los ojos, tratando de conducirla, sin que sufriera, a aquella muerte horrible...

Foster musitó:

—Vamos... Un paso más... Ya estáis al borde... ¿A qué esperáis? Los dos vais a morir juntitos, después de todo... Vamos... Un paso más...

Kent dio aquel paso.

Su pierna derecha pasó por encima del borde del depósito. Fue a pasar el interior de aquel recinto alucinante, fétido...

Y en aquel momento la puerta se abrió.

En aquel momento una corriente de aire frío pareció saltar sobre las nuca de los que estaban allí.

Y una voz barbotó:

—Muy bien... De modo que ese era el sistema, ¿eh, Foster? De modo que ya has enviado al infierno a tres de mis amigos. Ya solo quedamos dos...

CAPÍTULO XX

Foster y su compinche se volvieron apenas.

El tipo que estaba detrás de ellos llevaba una bata acolchada que no lograba disimular lo que había debajo: el pijama reglamentario en la clínica. Llevaba también una «Luger» con silenciador exactamente igual que la del sicario de Foster. Una lucecita de odio, casi una lucecita de locura brillaba en sus ojos.

El médico gimió:

—Infiernos...

No resultaba difícil —y menos para él— saber quién era aquel tipo. De los dos atracadores que quedaban vivos, era el más peligroso. Era el jefe del grupo. Un tipo a quién no importaba matar...

—Me extrañaban demasiadas cosas... —murmuró aquel hombre por entre sus dientes apretados—. Me extrañaba que no pudiera ponerme en contacto con mis compañeros, que no supiera nada de ellos, en contra de lo que convinimos al planearlo todo... De manera que, como además tenía la sensación de estar vigilado, me cargué al buitre que me tenía el ojo puesto encima y pude seguirte... Ahora lo veo todo claro. Pero no pienses que estoy solo, maldito... Hay otro detrás de mí...

Y volvió levemente la cabeza para gritar:

—¡John! ¡Baja!

Por lo visto los dos forajidos se habían puesto de acuerdo. Uno cubría al otro. Se oyeron unas leves pisadas en los peldaños de goma de la escalera.

Ese fue el momento que aprovechó el sicario de Foster. Mejor dicho, intentó aprovecharlo. Al ver que el otro se distraía, volvió la «Luger» hacia él.

Sonó un disparo.

Y el ayudante de Foster se llevó las manos a la cabeza destrozada, mientras lanzaba un aullido. Susan se estremeció de horror cuando lo vio caer dentro del depósito, cuando se levantó aquel chapoteo siniestro...

El pistolero masculló:

—¿Qué creías, maldito aficionado? ¿Qué estaba distraído? ¿Qué un novato como tú iba a volarme la cabeza?

Pero en aquel momento su voz se cortó.

Su voz se transformó en un estertor.

En un gorgoteo.

Los ojos de Kent se desencajaron, como si no pudieran creer lo que estaban viendo.

Foster había sacado la jeringuilla que antes se guardó en el bolsillo.

Aquella era su arma. Una jeringuilla cargada de veneno. ¡Y ahora la había clavado brutalmente por detrás de la cabeza del pistolero! ¡Le estaba inyectando el veneno en la nuca!

El otro giró sobre sí mismo, disparando dos veces al aire, y con los ojos espantosamente blancos se hundió en la masa fétida que formaban los restos humanos y el alcohol. Pero aún no estaba muerto. Aún no había soltado la pistola, cuyo silenciador, después de los disparos, acababa de desenroscarse.

Mientras se hundía en el alcohol, su dedo índice aún se contrajo otra vez. Aún apretó el gatillo. ¡Y del cañón brotó una llamarada...!

¡Fue como la mecha lanzada en un barril de pólvora!

¡Todo pareció estallar!

¡Una terrible llama se elevó del depósito del alcohol!

¡La habitación se convirtió en un infierno!

Foster lanzó un alarido salvaje mientras intentaba apoderarse de la «Luger», de su sicario, que la había soltado al llevarse las manos a la cara después de ser mortalmente herido. Kent comprendió que todo estaba perdido si el diabólico médico lograba apoderarse de ella. Lanzó al aire uno de sus alucinantes ganchos.

Sonó un «Chaaaaask» que pareció un golpe metálico.

Foster no pudo ni gritar.

Giró sobre sí mismo.

Sus brazos se alzaron. Se movieron como aspas de molino, intentando sujetarse a algo... a no sabía qué... «¡A algo»!

Sus pies vacilaron.

No había nada para sujetarse.

Sus rodillas habían chocado con el borde del depósito. Lanzó un alarido salvaje, un alarido horrible, un alarido frenético que Kent no olvidaría nunca...

Y Foster se hundió entre las llamas. Foster fue, apenas unos segundos más tarde, una extraña masa humana que gritaba inútilmente, que gesticulaba, que... Que se consumía...

CAPÍTULO XXI

Kent tuvo que dominar cuanto antes la sensación de horror, de asombro que le embargaba. John, el último de los atracadores, ya estaba allí, y si no le vencía, Susan y él seguirían el camino de los otros. Terminarían nadando en aquel siniestro mar de llamas.

Fue la muchacha la que gritó:

—¡Kent...!

El otro pistolero ya había llegado al último peldaño.

Disparó dos veces, rabiosamente, aún sin saber lo que ocurría. La muchacha se lanzó a tierra. John fue a entrar para apuntar mejor y rematarla.

La puerta se cerró de golpe.

Kent acababa de empujarla desde atrás. El golpe fue brutal. Con las facciones materialmente aplastadas, el pistolero se volvió.

No había soltado la pistola.

Rechinó los dientes mientras intentaba apuntar a la cabeza de Kent, que estaba frente a él.

Pero no contaba con la rapidez frenética de los puños del joven. Un golpe de comando al antebrazo le hizo soltar la pistola. Un rodillazo al bajo vientre le hizo encogerse... Un gancho a la mandíbula le hizo levantarse...

... ¡Dos nuevos golpes cruzados a los ojos le dejaron ciego!

John vaciló al borde del fatídico depósito, a punto de caer a él. Fue la mano de Kent la que le salvó. Fue la mano de Kent la que le sacó materialmente de aquel infierno en el último segundo.

Un impacto en la nuca le dejó sin sentido. Kent Maggiore lo empujó hacia afuera.

—Por Dios, Susan... Salgamos de aquí...

Salieron y cerraron la puerta. Las llamas rugían en el interior. Lo que acababan de dejar atrás era una visión dantesca arrancada de las propias entrañas del infierno.

Susan dijo, casi sin voz:

—Hemos de avisar a todo el mundo... El edificio entero arderá... Los paciente no podrán ser sacados de sus camas y esto será una catástrofe.

—No temas. Supongo que Foster ya previó una eventualidad semejante. Las paredes son de acero, y además, el alcohol se consumirá enseguida.

—Pero el aire caliente... ¡El aire caliente hará estallar la habitación! ¡Todo se hundirá sin remedio!

—Entiendes más de Física que de Historia, nena —susurró Kent—. En efecto, la expansión del aire es un peligro terrible. Esa cámara es ahora

como el interior de una olla a presión. Pero me he dado cuenta antes de que había un gran respiradero en el techo. El aire escapará por alguna chimenea, de manera que no temas.

Ella aún no podía creerlo.

Susurró con voz casi inaudible, de tan baja:

—¿De modo que... estamos salvados?

—Confío en que sí.

—Pero queda ese... ese pistolero...

—Claro que queda. Eso es justamente lo que yo quería. He tenido interés en salvarle por una razón de humanidad, pero además, porque lo necesito vivo.

—¿Para qué...?

—¿No te das cuenta? Él es el único que puede explicar lo de Foster. El único que puede enterar a la policía de cuál fue el plan para el atraco, de cómo llegaron aquí, de lo que Foster hizo... Y también el que justificará con su declaración lo que hemos hecho nosotros. Si no fuera así, me temo que llegaríamos a vernos en un lío.

—Nunca te lo agradeceré bastante, Kent.

—¿Por qué?

—Tú me has salvado.

—Pero fui yo también quien te metió en este lío. Si no te hubiera recogido con mi coche.

—¡Y si yo no hubiera hecho autostop!

—¡Y si no tuvieras miedo a los suspensos...!

Ella rio.

—Ya no tengo miedo a los suspensos.

—¿Ah, no?

—Claro que no. ¿Cómo va atreverse un profesor auxiliar de Historia a suspender a su propia esposa?

Kent parpadeó.

La verdad fue que así, de entrada, la idea no le pareció... bueno, no le pareció nada mal. Y es que la chica estaba como para invitarla a subir no en un coche, sino en una apisonadora...

Ella musitó:

—Todo esto me ha servido para darme cuenta de que te quería, Kent. Y también ha demostrado que tú me quieres a mí. De lo contrario no hubieras hecho ni la mitad de todas estas cosas.

Y se le echó al cuello.

Así, como suena.

Si Kent no llega a tener las manos ocupadas por la pistola de John, se aprovecha lo suyo, el muy buitre... Pero no pudo. Lástima. Otra vez sería.

Ella musitó:

—Estoy tan segura de que nos queremos como de que aquello de

«América para los americanos» lo dijo Roosevelt.

—No, nena, lo dijo Monroe.

Ella musitó:

—No acierto ni una...

—¿Quién dice que de vez en cuando no aciertas, chata?

F I N

en

25.000 PALABRAS

CONOZCA EN 25.000 PALABRAS LOS MAS IMPORTANTES TEMAS QUE APASIONAN AL HOMBRE DE HOY.

- 1.- LOS GRANDES MITOS de P. Hernández
- 2.- EL CUERPO HUMANO de A. Sanz
- 3.- LAS CRUZADAS de H. Laming
- 4.- EL MAR de T. Martin
- 5.- LAS RELIGIONES de R. Coppel
- 6.- LA TELEPATIA de L. Sureda
- 7.- LAS HEREJIAS de M. Bonilla
- 8.- LA ENERGIA NUCLEAR de G. Gallien
- 9.- LA ESCLAVITUD de M. Senin
- 10.- LAS DOCTRINAS FILOSOFICAS de R. Gautier
- 11.- LA PENA DE MUERTE de J. Mas
- 12.- LA VIDA DE JESUCRISTO de C. Alcalde

Precio
10 PTAS.



EDITORIAL BRUGUERA S.A.

Mora la Nueva, 2 Barcelona (6) (España)

Impreso en España
Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.